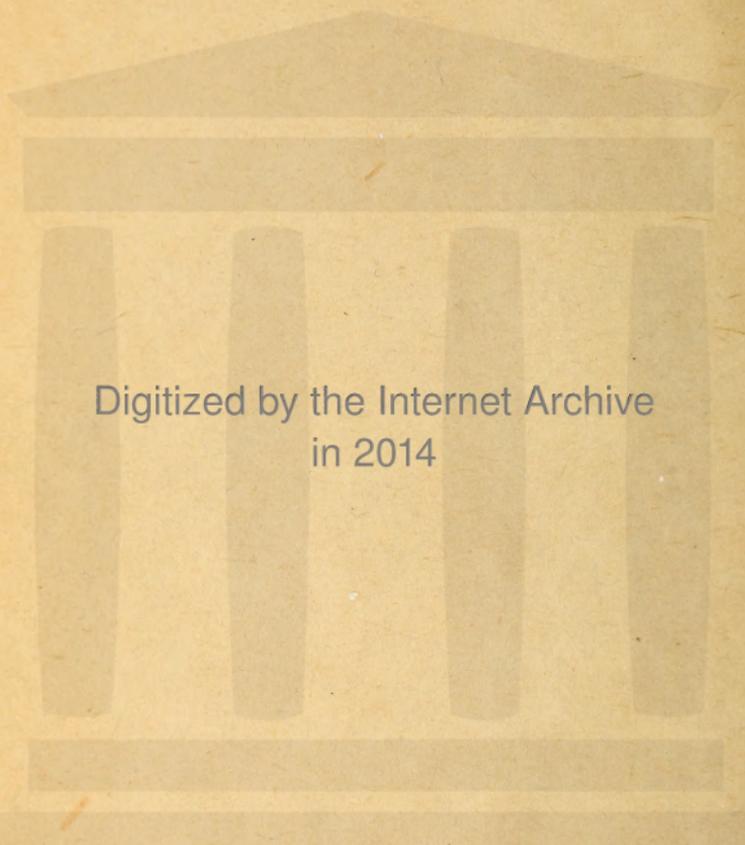




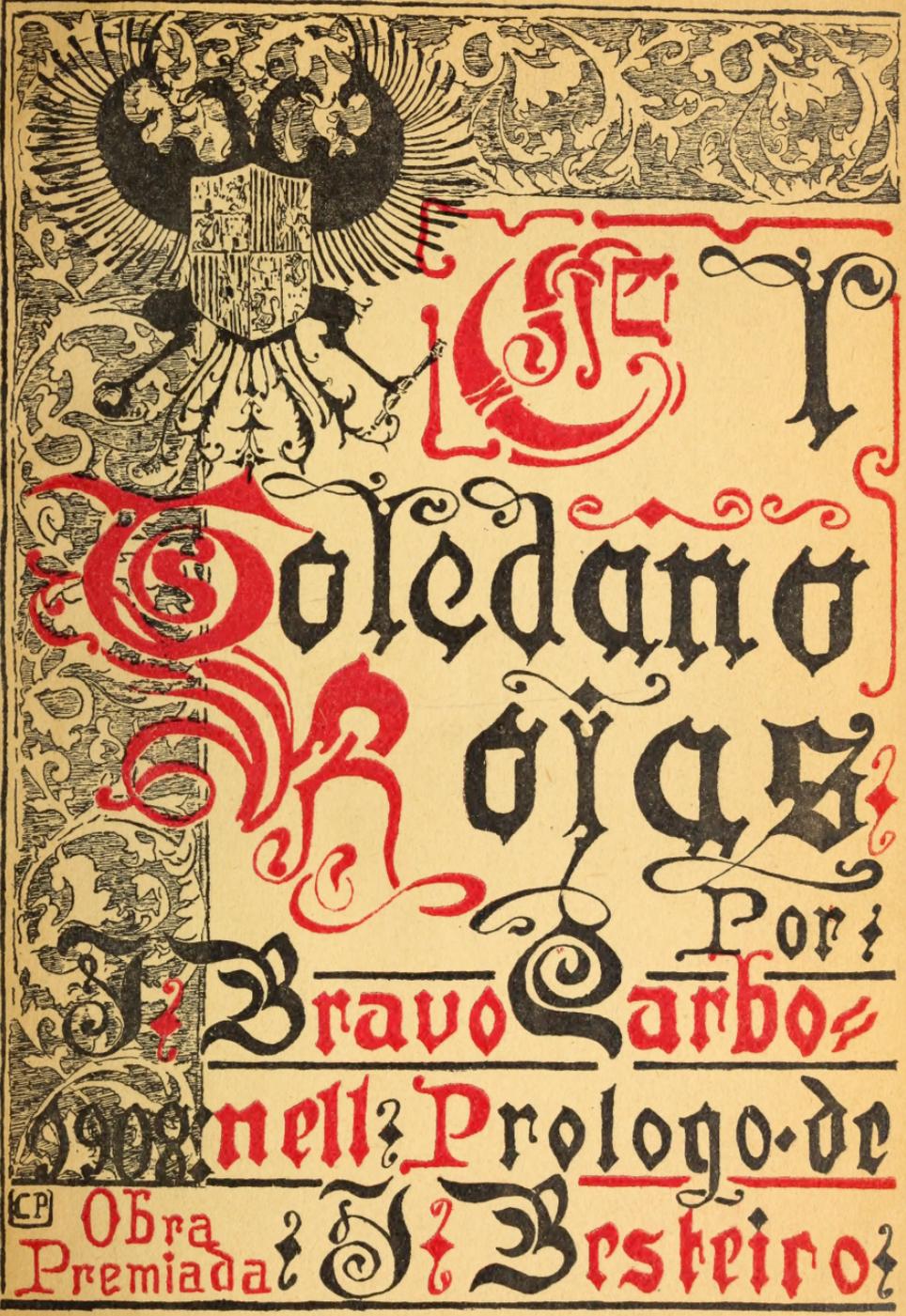
3 1761 09372959 8







Digitized by the Internet Archive
in 2014



L E

S oledano

R ojas

Por:

B ravo **C** arbo

M onnell: **P** rologo de

O bra Premiada: **D** e **B** esteiro

EL TOLEDANO ROJAS

LS
R7417
Yb

Rojas Zorrilla, Francisco de

El Toledano Rojas

DE

J. Bravo Carbonell



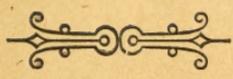
OBRA PREMIADA



PRÓLOGO DE JULIÁN BESTEIRO

256261
8-7-31

PORTADA DE PRIEDE





=====
ES PROPIEDAD
Todos los ejemplares van ru-
bricados por el autor.
=====

A handwritten signature in dark ink, consisting of a long horizontal stroke that loops back and ends with a sharp, upward-pointing flourish.

ADVERTENCIA

El tema 17 del concurso celebrado para conmemorar la magna obra del insigne toledano Rojas y Zorrilla,—que ni fué Rojas ni Zorrilla—me pareció uno de los pocos interesantes que había, y emprendí su desarrollo. Decía así: Rojas; influencia que en la concepción de sus obras festivas ejercieron los caracteres y costumbres de su época.

Mi labor mereció el premio prometido, y encariñado con la publicación del trabajo le dí á la imprenta.

Para que fuese completo en lo que cabe según mis fuerzas, le añadí el análisis de los dramas del famoso autor, especializando y extendiéndome en la crítica de dos de ellos: *García del Castañar* y *Progne y Filomena*, cuyo estudio hace el capítulo VI.

Y para satisfacción de mi espíritu que ama á los pobres, encontré ocasión con el origen plebeyo de Rojas para cantar mis amores á los que sufren y son rebeldes y confeccioné el capítulo V.

Por tanto, cumpliendo con un deber, hago notar que los capítulos V y VI de este libro no figuraban en el original que remití al concurso. Así es que *no están premiados*.

PRÓLOGO

El atractivo de su inquieta juventud, me obliga amigo Bravo á tomar alguna parte, aunque indirecta, secundaria y tardía, en la celebración del III Centenario de D. Francisco de Rojas Zorrilla.

Habrá usted notado—cómo no, dada su perspicacia—, que he puesto algún empeño hasta la fecha en negar mi cooperación á esta obra, á la cual han prestado su concurso tantos ingenios toledanos. Pero, ¿cómo negarse también á su afectuosa solicitud?

Es realmente difícil, dada esta vida de intimidad familiar que aquí hacemos, sustraerse á la fuerza de una corriente como esta, evocadora de la vida y de las obras del autor de *Primero es la honra que el gusto*. Primero es la amistad que el gusto, me he dicho yo también, y me he dejado empujar por usted hacia las *aguas procelosas* de este célebre Centenario, en las cuales se han ahogado

ya, como en las aguas del Tajo, algunos expertos nadadores. Es evidente, pues, que ya que este prólogo se halle completamente desprovisto de otra clase de méritos superiores, no dejará de tener un cierto valor heroico y sentimental. ¡Que mi valor me sirva de escudo y á usted pueda servirle de provecho!

Pero lo que no es posible conseguir de mí, es que prorrumpa en ditirambos que no siento, en elogios y admiraciones de épocas y de obras que no admiro.

En el preciso momento en que me dejo empujar por usted hacia la corriente, no puedo menos de pensar en los peligros que voy á correr, y como todavía conservo algunos hábitos cristianos, me dispongo á hacer examen de conciencia. Sea usted mi confesor.

Yo le confieso, querido amigo, que á pesar de las detenidas explicaciones de D. Alejandro Pidal, *García del Castañar* no me produce la más mínima emoción estética. Unas veces me causa risa, otras, disgusto, las más, me deja indiferente.

Yo me pregunto, cómo hay quien pueda interesarse en pleno siglo XX, por las tan ponderadas

descripciones del campo que Rojas pone en boca del héroe de su drama.

García del Castañar ve el campo con ojos de cazador, es decir, de un modo medioeval y arcáico.

En la Edad Media, tal vez pudiese resultar el arte venatorio, una especie de preparación del arte de la guerra; pero si hoy oyésemos decir á un oficial del ejército, que se dedicaba á cazar conejos—ó jabalíes—para adiestrarse como guerrero, no podríamos contener la carcajada. Don García lo dice, sin embargo, muy en serio:

*Yo soy el vivo rayo,
Feroz de vuestras fieras que me ensayo,
Para ser con la sangre que me inspira,
Rayo del Castañar en Algecira,*

En el espíritu de la civilización moderna, entra por mucho, ciertamente, el amor á la naturaleza, el entusiasmo por las bellezas campestres. La revolución derribó muros de ciudades, abrió plazas, ensanchó calles, plantó árboles, construyó jardines; el campo entró en la ciudad y la ciudad se extendió por el campo. Pero, ¡qué diferencia en-

tre este gusto moderno y el gusto propio de los antiguos nobles, que no podían asomarse al monte sin sus armas, su perro y su halcón!

Note usted que el paisajista contemporáneo, no trata de animar sus lienzos con figuras idílicas; que el autor de novelas ya hace tiempo que se ha detenido cuidadosamente en la descripción de los valles, de las lagunas, de las costas, de las montañas. Es que el arte se ha impregnado de esta veneración á la naturaleza que engendró la filosofía en Inglaterra, y propagaron por el mundo los libros de Juan Jacobo Rousseau. El turista, el alpinista, ama el campo por el campo mismo, llevan á él un reflejo de interés científico impersonal, ó de atracción estética desinteresada. Por eso son tipos, más ó menos valiosos, pero marcadamente representativos de la sociedad actual. El cazador, en cambio, no ama el campo por el campo, ama el campo por la caza; no tiene representación en la vida moderna; es sólo un superviviente de estados sociales que pasaron, y que aún se perpetúan en las clases heridas por la decadencia. He ahí la razón de que el arte contemporáneo no tome nunca en serio el tipo del cazador, ni el pue-

blo de hoy puede admirarse ante las descripciones del campo de *García del Castañar*.

¿Y qué decir de otros pasajes y de otros personajes de la obra? ¿Qué decir de Doña Blanca, ese pobre corazón de mujer sin alma, encerrado dentro de las estrechuras del albo justillo? Con sus inadvertencias y su falta de iniciativa no sirve ni para mujer de un cazador. Su marido está mejor enterado que ella del guiso que conviene á las perdices. El las caza, él las guisa, y hasta parece dar á entender que gusta de ponerlas á la mesa; de modo que á la esposa no le queda otra función que cumplir en aquel sencillísimo hogar campesino, que comer cuando su marido la invita.

Para dos perdices, dos.

Y luego ¡qué consistencia moral la de aquella criatura! Para virtuosa escucha demasiado á Don Mendo; para liviana emplea sobrados remilgos.....

Pero no es mi propósito hacer la disección del drama principal de Rojas, ni entra en mis aficiones y aptitudes el manejo de esta clase de escalpelos.

Lo que yo pretendo es justificar mi indiferen-

cia, ante esta obra clásica de la literatura, á la cual, por otra parte, los críticos no han dejado de oponer reparos, y que á pesar de todos los discursos encomiásticos, no despierta género alguno de entusiasmo en el pueblo.

Además, no se trata solamente de negar una adhesión, de poca valía al fin, á los encomios prodigados al ilustre literato. Se trata también por mi parte, de protestar contra la celebración de todo género de conmemoraciones y de centenarios de toda especie.

Esta monomanía de la conmemoración, que tiene por foco principal á Madrid, se va extendiendo demasiado á todas las provincias españolas, como un proceso degenerativo.

¿Es que acaso no hay otro medio de honrar á los muertos ilustres que los discursos hueros, los versos mediocres, las flores de trapo y las percalinas?

Los hombres grandes, lo fueron no porque tuvieran un estrecho espíritu ritualista y organizador de festejos, ni porque se constituyeran en fieles repetidores de las formas de pensamiento consagradas por sus padres, sino porque lograron su-

perar á sus antepasados con el esfuerzo de su propia originalidad. Y ¿no hay una contradicción desagradable y fea, en el hecho de encerrar el libre espíritu de un muerto ilustre en los moldes de las más vulgares ceremonias?

Hay que combatir los centenarios y las conmemoraciones, no sólo á nombre del buen gusto, sino á nombre de la salud, de la higiene mental.

Ese libre y sereno espíritu de la sociedad contemporánea que aunque respete la tradición, no acepta, sin embargo, sus convencionalismos, es la obra de las actividades superiores del arte y de la ciencia. En la vida moderna, la ciencia y el arte son la salud y son la paz. Falsificar cualquiera de estas grandes manifestaciones sociales es cometer un atentado contra la vida naciente.

Pero salvo raras y honrosas excepciones—su trabajo es testigo—¿qué son los centenarios sino una falsificación de la obra de la ciencia y el arte, un pretexto para la exaltación de todo género de trabajos pseudo-científicos y pseudo-artísticos, y un estímulo de las facultades del erudito vulgar, del poeta adocenado y del trapero de la investigación?

No parece sino que no se puede ser investigador, artista ó científico, sino convirtiéndose en comentador y escoliasta de los viejos textos.

Usted, amigo Bravo, que tiene el hábito del estudio, sabe muy bien hasta qué punto el trabajo sobre las obras nuevas escogidas, nos puede dispensar del esfuerzo de interpretación de los antiguos autores. De otro modo el progreso sería imposible.

Ya conoce usted esa ley biológica que puso en claro Haeckel, y que proclama la relación que existe entre la evolución del individuo—ontogénesis—y la evolución de la especie—filogénesis—. El desarrollo individual resume ó recapitula los principales momentos de todo el desarrollo específico, y una inteligencia perspicaz puede descubrir, en la vida de un solo sér, la historia entera de sus antepasados.

Pues eso mismo ocurre con los libros.

¡Medrados estaríamos, si á la meditación acerca de cada problema, hubiese de preceder un estudio retrospectivo que se remontase hasta los albores de la inteligencia humana!

No son las ciencias de la tradición, no es el sa-

ber del historiador y del arqueólogo lo que puede sacarnos de nuestro estancamiento y de nuestro atraso. No son estas fiestas, marcadas con el sello del tradicionalismo y la rutina, lo que conviene á nuestra situación actual.

Esta es, amigo Bravo, mi confesión. Ahora, lancémonos juntos al agua, sea cualquiera la suerte que hayamos de correr. Yo no sé cuáles serán sus propósitos; en cambio, no tengo inconveniente alguno en declararle los míos. Yo, mientras las fuerzas no me falten, pienso emplearlas en nadar en contra de la corriente. Es mi gusto y es mi emblema.

Julián Besteiro.



II

CASTILLA la noble, la hidalga, con sus inmensas soledades yermas, con sus campos áridos extendidos en superficie tersa, inspiradora de ensueños, alimentadora de pasiones, es la musa divina de los genios, de los artistas, de los poetas.

Se mece á todas horas en su sagrado ambiente de sabor pagano, la poesía bucólica sencilla y exquisita.

Es en sus terrenos vírgenes donde salen al pastoreo los rebaños, en las campiñas ricas de fruto, en las cañadas húmedas, en los prados de verde alfombra mullida en que hunden sus finas patas las ovejas dispersas que van de tallo en tallo escogiendo escrupulosas las hierbecillas. Vuelven al aprisco en las sombras tardes del invierno, dejando sus leves huellas señaladas en la inmensa capa blanca con que la nieve que desciende en finos copos cubre la tierra, dando sus esquilas sonos monótonos, melódicos y balando lastimeras con distintas modulaciones de voz que lle-

gan al alma, y en ella se cuajan formando una lágrima de anhelo, de ansia, por recoger entera la belleza.

Y en el otoño, al alborear el día espléndido de sol, que acaricia, preñado de luz difusa, de colores, de armonías y de tonos suaves que vierte en irrupciones de alegría, las zagalas sencillas, sanas de corazón y sanas de organismo, animan el campo con canciones aldeanas, marchando tras las carretas á cortar de las cepas de sarmientos ásperos, nudosos y extendidos, sinuosos y entrecuzados como nervios tensos, los dorados racimos de uvas—dignas compañeras de las tan jugosas y dulces de Samos—que amontonan en banastas, y allá las llevan á los lagares, en que mozos de labranza, remangadas sus piernas limpias, las comprimen, extrayendo el aromático mosto que refocila el gáznate, regala el gusto y alegra el alma, dando ensueños felices á los hombres que liban el líquido de la alcurnia noble de los vinos de Biblos, de Marotea, de Icaria, Borgoña, Falerno, Campania.....

Época ésta evocadora de la bellísima Grecia en sus fiestas báquicas con fantástico cortejo de cortesanas y de sátiros, que adoran á Baco coronado de pámpanos en carro triunfal, y hacen sacrificios á Venus como gentes que tienen un mirar ancho para la vida.

Y en la primavera, loca y riente, nos presenta sus tierras amplísimas en que verdean los altos trigales que se rizan en ondas graciosas al paso de la brisa cuajada de aromas, teniendo en su colorido purísimo

todas las notas de una sentida melodía de Wagner. La armónica monotonía verde se rompe con los colores de las flores, que son en el cuadro como risas de niño ó besos de encantadora ninfa.

Con la estación de los aromas y de la alegría se desarrollaban los lances amorosos, las viejas aventurillas notadas por nuestros clásicos, en que los señores del pueblecillo reidor aislado, altas jerarquías en la curia y en el clero, iban calaverillas y donjuanescos al ventorro pretextando entretener sus ocios, llevando como único propósito rendir de amores á la ventera, ó á la dueña de antiguos gallardos molinos con sus aspas extendidas como brazos secos y fatales, y que al ilustre hidalgo D. Quijote antojáransele «desaforados gigantes con quien hacer batalla», en su grandiosa locura de cerebro exaltado en alma tierna de niño grande.

En el verano, bajo el sol quemante, en días que el cielo luce sus galas mostrando su azul implacable, vuelve por los caminos polvorientos el carro, traqueteando en los *baches* con ruido monótono y característico. Viene cargada la galera de las mieses rubias con espigas de oro y la guía un zagal que, en su adormecimiento, deja salir entre dientes una cansina tonada popular. Caen las mieses en la era y son apiladas las gavillas hasta que se las dispone en parvas mullidas á que las bestias y el trillo hacen dejar su bendito fruto que, convertido en pan blanco y espon-

jado, repara las cansadas fuerzas y allá en el invierno es consumido con fruición, á la noche, en el hogar, bajo la ancha campana de la amplísima y destartalada cocina, escuchando, mientras el rescoldo da sus últimos relumbrones que desentumecen los ateridos miembros, las viejas historias que cuenta el abuelo con habla cadenciosa, apagada, que se confunde con la monótona lluvia que desciende en la noche triste chapoteando en los charcos del patio desolado.

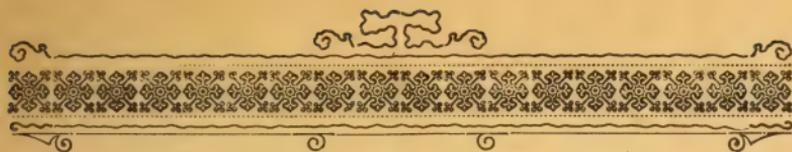
Así veo yo Castilla que se ensancha..... que se ensancha en perspectiva inacabable.

En esta tierra castellana hay una parte de terreno regado por un río plácido, sereno, ancho y caudaloso. Crecen en sus orillas álamos, sauces, mimbreras, albaricoqueros, y rompiendo la monotonía de su extenso curso, se alzan molinos harineros enclavados en vegas extensas de vegetación lujuriosa en que las cabras mordisquean, y las vacas pacen y seestean, y las gentes son hospitalarias, hidalgas y generosas. En un recodo del río se ve un cerro agreste, una montaña escarpada envuelta en neblina gris, que tiene casas eslabonadas. En sus calles enmarañadas hay joyas de arte inapreciables, monumentos arquitectónicos valiosos, muros viejísimos de donde emanan leyendas milenarias, bellas tradiciones. Por los antiquísimos y artísticos balcones, asoman curioseando, rostros divinos de mujeres hermosas, blancas, elegantes mujeres de ojos picarescos, graciosos

y soñadores, labios finos, rojos, reidores, formas esculturales, cuerpos esbeltos que evocan—sin perder nada con el recuerdo—á las gentilísimas y arroadoras musulmanas.

En el ambiente ideal, ambiente de espíritu, flotan aromas de lejanas historias, perfumes de hidalguía y generosidad, de poesía intensa. Cada calle es un tesoro, cada casa una joya, y cada piedra una gloria.... Es Toledo.





III

Los muros históricos de la ciudad legendaria, en las monótonas, sedantes tardes invernales se envuelven en tonos tristes. Sus piedras vetustas cantan pintorescos, sencillos romances de viejas centurias, melodías que emocionan el alma de los poetas con una sensación de paz, de soledad, de ensueño. La vida se para, la naturaleza se aquieta, el pensamiento se acalla, y renunciando al hoy glorioso y progresivo, pero amargo porque en él luchamos fracasando ó venciendo—todo cuesta dolor—va el intelecto, olvidando lo actual, á vivir un momento la vida del recuerdo. Y evocamos el Toledo de lejanos tiempos, poderoso, prepotente, fecundísimo.

La aspereza de su suelo, la belleza de su paisaje y la luz de su ambiente, fué el latigazo creador de almas grandes, de cerebros sabios, de heroicos defensores de escarneçidos derechos y holladas libertades—Padilla—de insignes escritores que dieron bri-

llantez y acaudalaron la excelsa, la ilustre, la impecable y vigorosa literatura nacional, envidiable y envidiada por el resto de Europa hasta el siglo XVIII.

La lengua castellana suave y potente; armoniosa y bella que «en su galanura recuerda á la ateniense y en su seriedad á la romana», reconoce entre sus más preclaros cultivadores y entre sus maestros más notables á numerosos toledanos.

Escuchad al coloso Lope de Vega en una silva de su *Laurel de Apolo*.

Que ya á la voz de la verbosa Fama
 Que al sagrado laurel ingenios llama,
 Círculos de cristal el Tajo encrespa
 En rizos de oro de la arena crespa.
 Ya ver los que convoca
 Trepar intenta la sublime roca
 Adonde atenta mira
 Tauta de amor, y Marte docta Lyra
 Acudiendo el primero
 El Titiro español, nuevo Sincero
 Cuya divina musa Toledana
 Dió poder á la lengua Castellana.
 Gregorio Hernández á quien oy le deven
 (Aunque otros muchos prueven
 A querer igualar su ingenio raro)
 Virgilio i Sannazaro
 Hablar con elegancia, y no con vana
 Ponpa inútil, la lengua Castellana.

Estos versos del maestro del siglo XVI son luminoso prohemio, excitante para evocar nombres glo-

riosos de los toledanos que en el campo de la dramática se han distinguido, legando una labor triunfante que perdura á través del tiempo y la distancia.

Rodrigo Cota, nacido en Toledo, escribió en la remota fecha de 1420 años, su diálogo *Coplas de Mingo Revulgo*. Con feliz gracejo, con donosura y picardía valiente, á ratos humorística y colérica á veces, pone en boca de *Mingo Revulgo*—corrupción de Domingo vulgo—representante del pueblo, intérprete de sus sentimientos, punzante sátira que anatematiza con viva pintura los abusos y las injusticias del reinado de Enrique IV, monarca culto y amante del arte, pero incapaz para gobernar. Los labios de Gil de Rivalto ó de Arribalto—representante de la nobleza—contestaban á Mingo, inculpando al pueblo, para defender la mala causa.

De la pluma de Cota salió el *Diálogo entre el amor y un viejo*, en que despierta las ilusiones de un hombre cargado de años, haciéndole creer que aún debe esperar el goce de los placeres de Venus, y le escarnece luego y le ridiculiza. Las dos obras, de estilo animado y suelto y diálogo vivo, se aproximaban al carácter de comedia ó drama no cultivados entonces.

El genio creador del Bachiller Fernando de Rojas dotó á la literatura nacional de un tesoro de forma, de concepto y de observación de la vida fiel y realmente vista, con su *Celestina*, admirada y estudiada

por todos los que al leal ejercicio de las letras se han dedicado. Habiendo llegado á él—después de 1480 y antes de 1492—un manuscrito que desarrollaba el primer acto de la *Tragicomedia de Calixto y Melibea*, y «á petición de sus amigos» compuso en quince días de vacaciones en su pueblo natal—Puebla de Montalbán—veinte actos que completan la grandiosa obra castiza, revestida «de todas las galas y recursos del castellano antiguo á que nunca antes había llegado la prosa española, y á que pocas veces ha llegado después». Algunos bibliógrafos y críticos atribuyen el primer acto de la grandiosa producción á Cota ó á Juan de Mena, y otros creen—con ellos está nuestro ánimo—que la obra se debe entera al ilustre ingenio de Rojas, alegando justamente la igualdad de lenguaje, de modo y de forma en todas las jornadas. *La Celestina* echó los cimientos del teatro español. Leandro Moratín dice á este respecto que «así como la tragedia griega se compuso de los relieves de Homero, la comedia española debió sus primeras formas á *La Celestina*, que pocos llegaron á igualar». Cierto. De ella salieron los elementos para las obras teatrales; en ella modeló Lope de Rueda los tipos de sus comedias que él mismo representaba.

López de Villalovos, en 1516 médico de cámara de Fernando V *el Católico*, fué eminente y profundo literato. A él debemos una notable traducción del *Anfitrión* de Plauto.

Le sigue «el cisne de Toledo», Príncipe de la lírica» el inmortal Garcilaso, nacido en 1503 ó 1504. Estuvo ocupada la juventud de este gran poeta por una desmedida afición á la literatura, que tanto adelantamiento debe al que la ha dotado de inestimables joyas. Turnaba con el cultivo de las letras el de las armas, que entonces ningún bien nacido podía descuidar, y adquirió también triste fama de diestro y valiente con la espada.

Favorecido y mimado por el bélico Carlos I, asistió—¡oh necio empeño de valor!—á la campaña en la Provenza.

Y el sublime poeta se arriesgó con denuedo y arrojo en inútil asalto de una fortaleza, del que le retiraron machacada su frente, tantas veces ornada de laureles, por pesada y grosera piedra lanzada de la altura. Conducido á Niza allí murió tempranamente, en 1536, cuando de su musa divina todavía se esperaban magnificencias y exquisiteces.

Garcilaso que no siguió las huellas de servil imitación y aun de plagio del metro y estilo italiano iniciadas por sus contemporáneos, creó él sólo la escuela lírica de nuestra poesía.

Marchena le reputa el único que no escribió versos devotos, y Sebastián de Córdoba queriendo subsanar el error—¡oh tiempos oscuros!—prostituyó sus obras vertiéndolas al ascetismo.

Llegó á tanto nuestro autor que sus églogas, exqui-

sitas, delicadas, bellísimas, son parangonadas con las del gran clásico latino Virgilio.

Lope se ocupa de él en su «Laurel» en estos términos:

El claro Garcilaso de la Vega,
Aunque de mil laureles coronado
Que nadie el principado
De aquella edad le niega,
También dió su poder en causa propia
De su casa ilustrísima á los Arcos
Tan libre de los Zoilos y Aristarcos.

Conti le tradujo al italiano, Mauri al francés y Wiffen al inglés.

Entresacando algunos cortos pasajes de sus composiciones, en que la belleza, el buen gusto y la delicada sencillez campea, invitamos á recordar su magna obra.

De una égloga.

El dulce lamentar de dos pastores
Salicio juntamente, y Nemoroso
He de cantar sus quejas imitando;
Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,
De pacer olvidadas escuchando.

De su canción II.

La soledad siguiendo
Rendido á mi fortuna
Me voy por los caminos que se ofrecen,

Por ellos esparciendo
Mil quejas de una en una,
Al viento que las lleva do perecen.

De la canción III.

Con un manso rüido
De agua corriente y clara
Cerca el Danubio, una isla que pudiera
Ser lugar escogido
Para que descansara
Quien como yo estó agora no estuviera;
Do siempre primavera
Parece en la verdura
Sembrado de las flores;
Hacen los ruisseños
Renovar el placer ó la tristura
Con sus blandas querellas,
Que nunca día y noche cesandellas.

Canción V. A la flor de Gnido.

Si de mi baja lira
Tanto pudiese el son, que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento;
Y en ásperas montañas,
Con el suave canto enterneciese
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese
Y al son confusamente los trajese;
No pienses que cantando
Sería de mí, hermosa flor de Gnido
El fiero Marte airado,

A muerte convertido,
De polvo y sangre y de sudor teñido.

Un soneto:

Boscan, vengado estáis con mengua mía
De mi rigor pasado y mi aspereza
Con que reprehenderos la terneza
De vuestro blando corazón solía.
Agora me castigo cada día
De tal selvatiquez y tal torpeza;
Mas es á tiempo que de mi bajeza
Correrme y castigarme bien podría.
Sabed que en mi perfecta edad y armado,
Con mis ojos abiertos me he rendido
Al niño que sabéis ciego y desnudo.
De tan hermoso fuego consumido
Nunca fué corazón. Si preguntado
Soy lo demás, en lo demás soy mudo.

Ó este celebradísimo que es muy conocido:

¡Oh dulces prendas por mi mal hayadas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
Y con ella en mi mente conjuradas.
¿Quién me dijera, cuando en las pasadas
Horas en tanto bien por vos me vía
Que me habíais de ser en algún día
Con tan grave dolor representadas?
Pues en un hora junto me llevastes
Todo el bien que por términos me distes
Llevadme junto el mal que me dejastes.
Si no sospecharé que me pusistes
En tantos bienes, por que deseastes
Verme morir entre memorias tristes.

Alonso Villegas de Selvago—toledano según Taimayo—compuso su comedia *Selvagia* cuando contaba veinte años—nació el 530—en la que aparte el papel de alcahueta que copia de *La Celestina*, presenta vigor y originalidad.

Dedicado á los ejercicios piadosos luego, hizo el *Flos Sanctorum* que es su obra más perfecta.

Hurtado de Toledo vino al mundo en 1530. Olvidado por los eruditos, Barrera le reivindica y estudia sus producciones. Las gentes ociosas por la paz se regocijaron con los *libros de caballería*, género nuevo que en esa época importaron nuestros autores, de Francia y Normandía, en que se cultivaba de antiguo.

De este dislocado género de literatura—que Cervantes fustigó en el *Quijote*—el número uno entre los notables fué el libro intitulado *Amadis de Gaula*, y le sigue en mérito el *Palmerin de Inglaterra*, que escribió Hurtado en 1547 ó 48. Dió al público algunos dramas, la *Tragedia Policiana* y varias comedias, entre las que sobresale su originalísimo *Hospital de necios*, en que abundan las situaciones interesantes y bellezas y filosofías de que son débil muestra, estos versos con que da principio:

Cuando al medio de mis años
Llego, la rueda mundana,
Libre de la gente vana
Que fué causa de los daños
De mi voluntad insana,

Halléme con un dolor,
Que dicen es mal de amor
De tan terrible poder,
Que agora, con libre ser,
Su acuerdo me da temor.
Que de lo que enriquecido
Me tuvo mi primavera
Solo me queda dentera;
Quedando pobre y perdido
De seguir esta bandera.

Preciosas, delicadas é ingeniosas son las producciones de este esclarecido autor, y bien á pesar nuestro detenemos la pluma que pugna por copiar las mil bellezas que campean en sus obras.

Sigue á este ingenio el innovador del arte escénico y autor de compañía Naharro. Por el 1570 impuso en las comedias el uso de decoraciones pintadas y movibles, como el argumento lo requería, para dar veracidad á la ficción que se representaba.

De Naharro, dice el ingenioso hidalgo D. Miguel de Cervantes en el prólogo de sus obras teatrales: «Levantó el adorno de las comedias y mudó el costal de vestidos en cofres y baules; sacó la música, que antes se cantaba detrás de la manta, al teatro público: quitó las barbas de los farsantes, que entonces ninguno representaba sin barba postiza, y los hizo salir á cureña rasa, sino era los que aparecían de viejos ú otras figuras que pidiesen mudanza». Inventó tramosyas, nubes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas.

Juan Bautista Loyola, comediante célebre y poeta de que nos habla Rojas Villandrado en su *Viaje entretenido*:

Hizo el comendador Vega
Sus *Lauras*, y *El Bello Adonis*
Don Francisco de la Cueva;
Loyola aquella de *Audalia*
que todas fueron muy buenas.

En 1587 escribió su novela alegórica *Viaje y naufragio del Macedonio*.

Horozco, poeta lírico y dramático castizo y fecundo. Publicó sus obras con el título *Cancionero*, impresas en Toledo en 1580. Compuso una colección de 3145 refranes glosados en décimas.

Al Doctor Vaca y Angulo el Malo los cita Cervantes en su *Canto de Caliope* al primero y en su *Colloquio de los perros* al segundo.

Diego Duque de Estrada, muy celebrado por sus talentos, publicó su historia accidentada y peregrina llena de episodios, y compuso 17 comedias.

Martín Chacón figura en «*Filomena*» de Lope, en que describe un jardín adornado con efigies de hombres ilustres:

Tiene Martín Chacón la frente ornada,
De verdes hojas, español Tibulo.
En cándido alabastro retratada.

Gaspar de la Fuente alcanzó, siendo muy joven, el premio en un certamen poético del Sagrario, por

una canción que se halla impresa en el catálogo de aquella fiesta. Lope de Vega le tributa aplausos:

Aunque bebiendo del fecundo vaso
Aromático humor, es cierto axioma,
Que el poeta discreto fuerzas toma,
Mejor está en las damas del Parnaso
Beber cristal de Linfa transparente,
Pues Gaspar de la Fuente les dió Fuente.

A Juan de Quirós (El Jurado) le ensalza Rojas Villandrado en su «Loa»:

El Jurado de Toledo
Digno de memoria eterna,
Con callar está alabado
Porque yo no sé aunque quiera.

Las comedias de nuestro teatro antiguo eran pesadas en su desarrollo, graves en su concepción y artificiosas en su mecanismo. Cansaban la atención del público abigarrado que se estrujaba en los patios amplios, en las gradas extensas en que la plebe se agrupaba compacta. Precisaba una innovación por necesidad imperiosa, y notado que fué ésto por los autores que tenían como aspiración dar gusto al pueblo aunque se «ahorcasse el arte» crearon un nuevo género, el entremés. «Eran éstos unas muletas en que se sostenían las comedias pesadas para que no vinieran al suelo». Gráfica y pintoresca definición que da el editor de las obras de «el más ingenioso

fecundo y discreto de nuestros fecundos entremesistas» del incomparablemente gracioso D. Luis Quiñones de Benavente.

Su labor se destacó briosa en el género en que con gracia chispeante se ridiculizaban las costumbres de las más ínfimas clases sociales. Fué el toledano Benavente limando los defectos de estas composiciones y su buen gusto creó el sainete, nombre con que bautizó las piecitas de corta duración y fácil trama, ya más poéticas, más pulidas, más cuidadas con que terminaban siempre las funciones. Eran los sainetes así como derivativos, que alejaban de los cerebros las brumas pesadas en que los envolvían los parlamentos repletos de ideas graves, de sentencias filosóficas intrincadas y difíciles acerca del honor y la lealtad, de equivocados conceptos de una estrecha moral antinatural, inhumana y antiestética, tesis de las obras de aquella época. Y nuestro autor chispeante y humorista fué celebrado por aquellas gentes que tal vez no supieron con exactitud cabal el inmenso beneficio que les prestó Benavente regocijando su ánimo y limpiando de sus sentires las exaltaciones producidas por los galanes que reñían y raptaban; los padres que clavaban fieros el acero brillante en inocentes pechos, á la más leve sombra de desobediencia; las doncellas que se suicidaban á la menor contrariedad amorosa, conduciendo el desquiciado espectáculo la acalorada imaginación de los espec-

tadores á soñar locuras, alimentar pensamientos y pasiones descarriadas ó á entenebrecerse con hipcondrias malsanas.

Tras este innovador hallamos á:

Don Gabriel Moncada á quien no admira,
 Tan digno del Consejo de los Reyes,
 Si descansando el arco de las leyes
 Templa las cuerdas á la docta Lyra,
 Se dirá de este ingenio peregrino,
 Que la Jurisprudencia
 A las musas juntó tanta elocuencia.

Y en el mismo libro de Lope se dice del toledano Mesa:

Servid, pímpleas, nectar y ambrosia
 En una rica mesa al cinthio Apolo
 Cuando llegue en Toledo al mediodía
 Que él la merece solo:
 Versos también después para esta empresa
 Del ingenio feliz de Blas de Mesa.

Vienen luego en la marcha del tiempo hermoso y lejano que atentamente hemos seguido, los ingeniosos autores Martínez Meneses, Hidalgo Repetidor, Pineda, Osorio, que sin desentonar en el grandioso cuadro de autores hijos de la ciudad del arte cuya historia ennoblecen, no fueron tampoco primeras figuras en el brillante concierto de celebridades tan numerosas que

Ya á la voz de la verbosa Fama
Que el sagrado laurel ingenios llama,
Círculos de cristal el Tajo encrespa
En rizos de oro de la arena crespa.

*
* *

Aunque no ha cultivado la literatura escénica, merece en este trabajo lugar de honor el insigne literato D. Francisco Navarro Ledesma.

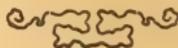
Recientemente desaparecido de la escena de la vida; agostada su carrera de infatigable luchador, de laborador constante, cuando ya recogía en cosecha de admiración los frutos que su pluma galana, elegante, cultísima, profunda y erudita había sólidamente esparcido por el terreno amplísimo de las letras, cuajaron sus obras como piedras preciosas y raras haciendo perdurar el esfuerzo del titán jamás cansado. Y joven aún escuchó tantas veces de labios profesionales el dictado envanecedor de maestro.

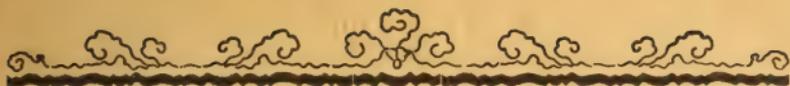
Nadie como él ha sentido tan acendrado amor á su tierra y á sus paisanos, á los que exaltó en sus poéticos, sencillos, dulces y sabios cuentos toledanos, que sacó de la entraña, de lo hondo y profundo de la psicología de los huertanos y ribereños del Tajo, psicología que tras de muchos estudios perseverantes había logrado dominar. Son estos trabajos, poemas en prosa impecable, de divina pureza, de trase correcta, que colándose alma adentro dejan en su

choque inconsútil un placer de éxtasis; recrean la inteligencia, distraen el ánimo y siembran bondades y altezas de corazón y de pensamiento vertiendo la sana moral de la sublime naturaleza, la grande, la sola, y se desgrana su culto decir en filosofías inquietas del buscador de emociones que encuentra el sumo arte en la belleza que anima á los seres con un anhelo de grandiosidad haciéndolos libres y felices.

Todos hemos pasado la vista por las sacratísimas páginas de su soberana obra *El Ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, considerada por sabios é ignorantes como monumento en que el buen gusto, la amenidad y la pureza y pristina sencillez de dicción produce deleite gratísimo y evoca venturosas dichas de paz no manchada y exquisitas sensaciones cristalizadas en una ironía divina que espiritualiza á los humanos, desbrozándolos de la materia grosera que ambiciona y desea y los eleva á la categoría de dioses, gozadores del arte, despreciadores de las miserias del duro alentar por una vida triste que no merece el dolor de ser vivida.

Tierno su recuerdo lloramos al hombre grande y fecundo que, al morir,—como cuando se desvanece una ilusión ó se deshace un ensueño—dejó en nosotros una intensa melancolía.





III

CORRÍA el siglo XI, desolado y violento, sin una hora en el infinito del tiempo para cultivar los cerebros, para ablandar las almas con el amor, ocupado todo él por el desorden, por el fragor bélico del chocar de armas, el clamoreo de la lucha y los fieros gritos de las compactas filas de soldados que marchaban llenos de fervor y de odios, exaltados y ardientes á pelear con arrojo en la empresa de la reconquista de su poderío. Todo español estaba pronto á luchar contra los moriscos usurpadores, cambiando las delicias de su casa y el trato de los suyos para abrazar la dura profesión de soldado.

En la *Crónica general de España* consta que «E aquella sazon era la guerra de los moros y muy grande, é assi los reyes é condes é los altos homes é todos los otros caualleros que se presciaban de armas, todos parauan los cavallos dentro en las cámaras donde tenian sus lechos donde dormian con sus mujeres, por que luego que oyan dar el apellido touiesen

prestos sus cavallos é sus armas é que caualgasen luego sin otra tardança ninguna».

Este indomable espíritu selvático y rudo, despreciador de fatigas y peligros que á todos encendía, llevó á los cristianos replegados en las montañas de Vizcaya y Asturias á la ocupación de la parte oriental de España.

Y en esta farragosa edad de arrestos y esfuerzos valerosos aparece nuestra literatura, desde sus principios briosa, desde su cuna, ruda, definida y bella. Eran los españoles el *Alceo* de las *Odas* de Horacio «que en medio de las batallas ó cuando acababa de amarrar su barco á la orilla cantaba á Baco, ó las Musas y á Venus con el niño que siempre le guía».

No nos han quedado muestras de esas primitivas composiciones,—canciones se presume—que en vez de armonías y bellezas del ambiente ó de la vida campestre poética y sencilla, pintaban horrores de combate encendiendo ardores guerreros. La primera obra llegada hasta nosotros es el *Poema del Cid* compuesto en 1200, la obra más grande, de más valía universal, hasta que apareció *La Divina Comedia* de Durante Alighieri.

Ese sentimiento poético nacido entre nosotros antes que en nación alguna, se estacionó sin progresar, por la lucha de veinte generaciones para expulsar á los árabes y hacer constar Ticknor que «antes de ondear el pendón de la cruz en la Alhambra, Dante,

Petrarca y Bocaccio habían aparecido en la Toscana y la Lombardía colocando de nuevo á Italia en el primer puesto de la literatura y el buen gusto».

No seguiremos el proceso del desenvolvimiento de nuestro arte literario hasta llegar á la grandiosidad de los tiempos relativamente modernos del siglo XVI y XVII, en que España surtió con sus grandes composiciones el mercado intelectual de la Europa entera.

Y pasando por los nombres gloriosos de Cota, Juan de la Encina, Alfonso el Sabio, Arcipreste de Hita, Bartolomé de Torres Naharro, Nebrija, Luis Vives, Lope de Rueda, Alonso de la Vega, Fernán Pérez de Guzmán, Juan Timoneda, Gil Vicente, Cestina, Juan de la Cueva, Cepeda, Tarraga, Argensola, Hernando de Pulgar, Guillén de Castro, Cervantes, inmortales creadores de obras que han enriquecido el noble arte literario, obras en las que aún hoy ciframos nuestro orgullo, llegamos al año de 1607 en su día 4 del mes de Octubre, en que nació el fecundo y galante poeta D. Francisco de Rojas y Zorrilla que llegó en la dramática á ocupar con sus brillantes obras, valiosas, concienzudas, donosas y bellas, uno de los primeros puestos entre los «astros rutilantes» que se llamaron Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina, Moreto, Alarcón, Mirademesqua, Guevara, Solís, Cañizares, Zamora....

Se ha dudado el lugar de nacimiento de este ilus-

tre autor, hasta que el eminente erudito, crítico y poeta D. Juan Eugenio Hartzenbusch encontró su partida de bautismo que copio: «En cuatro días del mes de Octubre de mill y seiscientos y siete años nació un hijo de Fran^o Perez de Rojas y de D.^a Mariana de besga su mujer, al qual por el peligro de muerte bautizó D.^a Juana de Besga parroquiana desta parroquia i después en veinte y siete días del mes de Octubre de dicho año fué traído el dicho niño á esta iglesia parroquial de San Salvador i io el doctor Eugenio de Andrade cura propio de dicha iglesia le administré las sacras ceremonias del Santo Bautismo y le puse por nombre Fran^o fueron sus compadres Diego Lucio y la dicha doña Juana. testigos: Juan Martínez y Juan Rodríguez.—El doctor Andrade».

Transcurre la juventud del gran toledano sin que de él tengamos noticias. Probablemente estudió en las universidades de Toledo y Salamanca sospecha que nace leyendo alguna de sus comedias—*Lo que quería ver el Marqués de Villena* y *Obligados y Ofendidos*—en que describe fielmente la alegre y despreocupada vida estudiantil, sazizando la pintura con anécdotas y episodios tan bien descritos que parece haberlos vivido.

En 1630 le vemos florecer mimado y preferido en la Corte del monarca Felipe IV impropriamente llamado *el Grande*—su única grandeza, y es bien pobre, consistió en rodearse de los mejores artistas. Tuvo

como pintor de cámara al altísimo Velázquez, universalmente admirado en sus *Meninas*, *Los borrachos* y *La Venus del espejo* que *gracias* á nuestra incuria se exhibe en todo su esplendor en extranjeras tierras.— En esta época en que el anteúltimo monarca de la dinastía de los Austrias nos condujo á empresas guerreras—continuación de las de sus antecesores— en los Países Bajos, en Rosellón, en Italia, que nos originaron descalabros, y dió lugar á la insurrección de Cataluña que se alzó en 1640 al grito de ¡abajo el mal gobierno! se nos dió á conocer el profundísimo talento de Rojas.

Este rey funesto para el poderío nacional, fué benigno en cuanto á las artes, el teatro principalmente, al que dió impulso con su protección magnánima á los poetas más ingeniosos, á los que prodigaba sus reales favores y su amistad, revistiéndolos de honores.

Copiamos la parte de su labor intelectual agena á la escena, que hemos podido recolectar en libros y manuscritos de la época. Brilla en sus versos la gracia picante, el sentimiento de su alma poética y el *nervio* y la fuerza que los críticos le advierten como cualidades en que sobrepasa á sus contemporáneos.

En la *Fama Póstuma*, obra recolectada por Montalván en los tres últimos meses de 1635, en que los más claros varones de aquel tiempo cantaron loores á la muerte de Lope de Vega, figura un soneto de Rojas que copio:

Efte que en decorofo Monumento
 Siendo ceniza fe habilita llama
 Al pafo que da luces á la fama
 Añade compafsión al fentimiento.
 Fué fu accidente fu merecimiento,
 No el dolor fué el veneno que le inflama,
 Que á quien Grande la voz del Orbe aclama
 Parece que el viuir dura violento.
 Efte es el mismo llanto, y él llorado,
 Sus méritos dirá fu infeliz fuerte,
 No tuuo que inuidiar y fué inuidiado.
 Su admiración en llanto fe conierte,
 De todos fué en la vida venerado
 Y nadie le premi6, fino es la Muerte.

En el *Catálogo Real* de Méndez Silva, 2.^a edición
 hecha en 1639 hay de Rojas la siguiente décima:

Oy con claros desengaños
 Silva, tu célebre Historia
 Nos acuerda á la memoria
 Lo que olvidaron los años.
 Ya ni lisonjas, ni engaños
 Turbarân la luz mejor,
 Tu ilustras su resplandor,
 Y así el que más sér presuma
 Tanto confíese á tu pluma
 Como debe á tu valor.

En las *Lágrimas panegíricas* á la muerte de Montalván hay dos octavas de nuestro excelente poeta:

Llorá lágrimas negras pluma mía
 Y corra igual el llanto con el buelo:

De un prolijo accidente la porfía
Nos turbó la esperanza y el consuelo.
Suspenso está, no ha muerto, en urna fría
Sé que para templar el desconsuelo
Del fácil desengaño de la suerte
Está viviendo con la misma Muerte.

Su memoria dejó, subió á la gloria,
Mártir ya de su mismo entendimiento,
¡Oh! quién no le heredara la memoria
Para no vincular el sentimiento:
¡Oh! quanto bronce la futura historia
Tiene de ocupar líneas ciento á ciento.
Que dirán por que no quede el olvido
Este murió de no ser merecido.

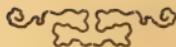
Con galanura y elegancia exquisita y con elevación de pensamiento expresa el acertado poeta sus sentimientos bellos y delicados.

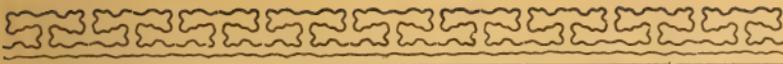
En otras composiciones hace gala Rojas de una gracia y donosura inimitable y vierte suaves y sanas ironías. Es lástima que de su romance premiado en la Academia burlesca efectuada en el Retiro el 1637, que tiene por argumento «cual estómago es más para envidiado, el que digiere grandes pesadumbres ó grandes cenas» no podamos ofrecer una muestra. No se imprimió y el manuscrito no se conserva entre nosotros. Adquirido por extranjeros, figura entre muchos trabajos de españoles en la Biblioteca del arsenal de París.

Pero sí copiamos como última muestra de lo que hizo fuera del teatro, un soneto inserto en la «Collecçaõ

política de Apophtemas memoraveis», en que el ingenio amenísimo y chispeante de nuestro autor define «á idade La mulher.» Vedle:

De quince á veinte es niña; buena moza
De veinte á veinticinco: y por la cuenta
Linda mujer de veinticinco á treinta:
¡Dichoso aquel que en tal edad la goza!
De treinta á treinta y cinco no alboroz
Pero puede pasar con sal-pimienta
Mas de los treinta y cinco á los cuarenta
Cría niñas que labren su coroz.
Ya de cuarenta y cinco es baxilera
Habla gangoso y juega del vocablo
De cincuenta cerrados es santera;
Y á los cincuenta y cinco hecho el retablo
Niña, moza, mujer, vieja, hechicera,
Bruxa y santera se la lleva el diablo.





IV

REVOLVIENDO empolvados legajos, abultados info-
lios y antiguos libros que nos hablan el lenguaje
y los usos de pretéritas fechas que el olvido y el ale-
jamiento han cubierto con su patina, aureolando los
recuerdos de bellezas y romanticismos, hemos de re-
memorar la vida con los caracteres, las costumbres
y los tipos que en la pasada época vivieron; rica
fuente en que el ilustre ingenio de Don Francisco de
Rojas y Zorrilla, bebió para satisfacer su sed natura-
lista, y se inspiró para llevar al teatro sus produccio-
nes en que abundan los episodios sacados de la vida
real, atenta, y sabiamente observada, y modeló sus
personajes, fidelísimo trasunto de sus contempo-
ráneos.

La obra del insigne artista «poeta florido, acertado
y galante como lo dizen los aplausos de las ingenio-
fas comedias que tiene efcritas», es varia y es grande.
En el género trágico sobresalió con profundísimo
talento y singular acierto. Su *García del Castañar*
que todos conocemos y admiramos, es sin disputa el

mejor drama trágico del vasto repertorio legado por nuestros clásicos. La crítica representada por hombres tan prestigiosos como Ochoa, Martínez de la Rosa, Solís, Cañizares, Moratín, Barrera, Gil de Zárate, Mesonero Romanos, el alemán barón de Schack y el anglo-americano Ticknor, así lo aclama con perfecta unanimidad.

Si su hermosísimo *Del Rey abajo ninguno*, juntamente con las magistrales obras *Tetrarca* de Calderón, *El desdén con el desdén* de Moreto, y *La verdad sospechosa* de Alarcón, son el santuario en que se rinde culto á las letras hispanas de antaño, no menores méritos tiene Rojas en el género festivo á que su complicado espíritu de humorista, de rebelde, de filósofo y de ironista le llevaron.

Todos reconocen como dotes salientes en Rojas «la energía y vigor de pensamiento, el nervio, la propiedad y el donaire en la expresión, acierto y sagacidad para conducir el argumento con punzante interés y desenvoltura.»

«Sin la malignidad picaresca de Tirso es ingenioso y chispeante; sin la hipérbole afectada de Calderón — dice Mesonero — es tierno y apasionado; discreto y agudo como Moreto, más estudioso y detenido en sus planes que Lope y á veces tan filosófico en el concepto y correcto en la frase como Ruiz de Alarcón».

✓ Vamos á su época y á la inmediatamente anterior, en que Rojas modeló sus obras que entre floreos y

galanura de lenguaje, y destellos chispeantes y donosos, son reflejo exacto de las costumbres de esos pasados tiempos.

En el siglo XVI--anterior al del celebrado autor-- empieza el reinado de Carlos I de España y V de Alemania, quien tomando al pueblo como fiel y humilde vasallo y cajero, sangraba su tesoro y le restaba libertades hasta que las *comunidades* con Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado de directores, combatieron por suspirados derechos que se vieron hundidos con la ejecución de los grandes héroes del bien público.

Felipe II tras dos regencias, heredó en 1556 el reino al retirarse su padre al monasterio de Yuste, y en el legado entraron las contiendas guerreras con Isabel de Inglaterra y Enrique IV de Francia. Los Países Bajos se alzaron en rebelión. Filipinas y Portugal fueron anexionados á España aumentando su contingente en unos millones de súbditos. Este monarca que tuvo como pintor al divino Dominico Theotócoli unía á su gran cultura en letras y afición á las artes una incompetencia notable para el gobierno de sus estados, y una grave irresolución para luchar con las difíciles cuestiones de que estaba rodeado. Todas sus iniciativas paraban en conceder poderes al clero.

Felipe III continuó en el mimo y agasajo de los jesuítas, que llevaron al débil ánimo regio la persuasión

de que para hacer un buen servicio á la causa extra-terrena, debía expulsar á los moriscos que convertidos á la religión cristiana habitaban nuestro suelo fertilizándole, cultivándole y sacando de sus ricas entrañas los productos del mercado. Despiadadamente fueron arrojados 600.000 moriscos sin respetar las afecciones é intereses que en la patria tenían los mahometanos, quedando yermos, sin amparo de brazos y de inteligencias, las industrias y la agricultura.

Durante esos reinados y el de Felipe IV que murió de sentimiento por las pérdidas y desastres del ejército en la guerra de Portugal (?), y peleó como ya hemos hecho constar, con los Países Bajos, con Rosellón, con Italia, se fueron acumulando idealidades en el ardiente temperamento meridional, en la mente de los ciudadanos españoles.

Alimentando fantásticos proyectos de conquista universal se creyeron los seres llamados á ejercer el dominio del mundo.

Se odió el trabajo, fuente única de progreso y de bienestar, y como consecuencia de las desquiciadas empresas de conquista que los monarcas acariciaban, nació un espíritu militar y aventurero que con su predominio exclusivo paralizó la industria nacional.

La protección de los establecimientos religiosos, la formación de clases pensionadas que vivían en

perpetua holganza, eran espejuelos que atraían á los vagabundos.

La gente se pagaba mucho de vanas noblezas, y no se reputaban de empleos honrosos para los nobles más que la administración pública ó la carrera de las armas. Y los enfatuados señores de tizona sosteniendo malsanos prejuicios sobre la autoridad doméstica, el honor y la valentía, no vivían para otra cosa que para amar ó reñir. Por el más fútil motivo allá salían relucientes, vibrando con sonos metálicos las bien templadas hojas toledanas, y caía mal ferido un caballero que cometía la ofensa gravísima de querer pasar por una calle *ocupada toda* por enamorado hidalgo.

Era ese el tiempo del cual—no sabemos si hijo de la musa popular ó del ingenio de Montalvan—, es este romance que un galán acompañado de amigos canta á su dama:

Quien muere de amor zagales,
Quien de amor muriēdo eftá,
Quien vive de lo que muere
Que hará para defcanfar?
Penar, arder, morir y callar.
Ya yo se que amar fin premio
Es el verdadero amar,
Que es la voluntad groffera
Si paffa de voluntad.
No es amante es mercader,
El que es tan corto galán
Que llega á vender fu amor

Por el premio que le dan.
Si es espíritu el amor
Dicho fe está que será
Simón del deseo
Vender lo espiritual.
Amor que mira accidentes
No es amor de mucha edad,
Sino niño que arrimarfe
Ha menester para andar;
Porque en un afecto grande
Que no mira á lo vulgar
Los brazos son lo de menos
Y el amor es lo demás.
Pero quien muere de amor,
Quien de amor muriendo está,
Quien vive de lo que muere
Que hará para descansar?
Penar, arder, morir y callar.

Los padres con su fatal autoridad, imponían marido á sus hijas y ni aún tenían estas derecho á protestar. A una desobediencia, ó al sorprender á la hija de palique en su cámara con un pretendiente de quien la familia no tenía noticias, podía, amparado por la justicia, hundir el puñal en las entrañas de la pérdida.

Los criados de tan estirados hidalgos eran los follones, malandrines y mal nacidos, gente ínfima de la sociedad, astutos y malignos, sagaces, pillos y burlones.

El ambiente reseñado le *cogió* Rojas en sus obras festivas, y aunque algunos de estos usos estaban pa-

sados, los pintó condimentándolos con chistes é ironías. Mejor que gastar el discurso en apoyo de este aserto, y más demostrativo, será entresacar de sus comedias los párrafos que justifican el tema, en cuyo laborioso desarrollo estoy interesado.

Entre bobos anda el juego, de perfecto diálogo, brillante, entretenido y grácil es una copia de las costumbres. Don Lucas es el hidalgo inculto, iletrado, grosero en sus deseos y en sus aspiraciones, pronto á reñir. Don Antonio, padre de Doña Isabel es el caballero noble y arruinado que tiene toda la *posse* de grandeza. Don Pedro, primo de Don Lucas, enamorado de Doña Isabel, destinada para el finchado hidalgo, olvida á su prima Doña Alfonsa, con la que tiene pactado enlace que le sacará de su miseria á cambio de unirse de por vida á esa dama seca, fea, egoísta, envidiosa, histérica.

No se ha excedido en la perfecta pintura de un tipo ridículo, no se ha hecho descripción más plástica de un hombre vulgarote, zafio y chabacano que la que Cabellera—gracioso de esta comedia—hace de su amo para satisfacer la curiosidad de la prometida:

- ISABEL. ¿Quién ese Don Lucas es?
 CABELLERA. Quien ser tu esposo previene.
 I. Excelente nombre tiene
 Para galán de entremés.
 ¿Vos les servís?
 C. No quisiera

- Mas sirvole.
ANDREA. Buen humor.
C. Nunca le tengo peor.
I. ¿Cómo os llamáis?
C. Cabellera.
I. Qué mal nombre.
C. Pues yo sé
Que á todo calvo aficiona.
I. ¿No me diréis qué persona
Es Don Lucas?
C. Sí diré.
I. ¿Hay mucho que decir?
C. Mucho
Y más espacio quisiera.
I. Tiempo hay harto, Cabellera.
C. Pues atended.
I. Ya os escucho.
C. Don Lucas del cigarral
(cuyo apellido moderno
No es por su casa, que es
Por un cigarral que ha hecho)
Es un caballero flaco,
Desvaído, macilento,
Muy cortísimo de talle,
Y larquísimo de cuerpo.
Las manos de hombre ordinario,
Los pies un poquillo luengos,
Muy bajos de empeine, y altos,
Con sus Juanetes y Pedros
Zambo un poco, calvo un poco,
Dos pocos verdimoreno
Tres pocos desaliñado
Y cuarenta muchos puerco.

Doña Isabel para expresar lo desabrido y antipático que es su constante perseguidor Don Luis, siempre despreciado, dice estos versos:

Si á la iglesia voy, allí
Oye misa junto á mí;
Si para el coche él se para
Si voy á andar yo no sé
Como allí se me aparece,
Si voy en silla parece.
Mi gentil-hombre de á pie;
Y en efecto el tal señor
Que mi libertad apura
Visto es muy mala figura
Pero escuchado es peor.

La escena de la posada ó venta, cuando se reunen con Isabel á su prometido, es de una realidad notable. La riña de Don Lucas con Carranza—criado de Don Luis que va en seguimiento de su idolatrada dama—y el léxico de los arrieros que piden aposento y cena son muy bien vistas y exactas.

Don Lucas se percata de que su primo quiere á Isabel y es por ella correspondido, y anuncia:

He de hacer venganza tal
Que dure toda la vida
Aunque vivan más que Adán
Que darles muerte á los dos
Es venganza venial.

Este hombre desprovisto de ideales, que vive solo lo grosero de la vida, que no entiende de romanticis-

mos y satisfacciones del ánimo en la idealidad de un amor exquisito, les condena á casarse. En el final de la obra, los encuentra juntos, y expresa su pobreza de alma dirigiéndose á Don Pedro, de este modo:

Dadla la mano al punto
Que en esto me he de vengar;
Ella muy pobre, vos pobre
No tendréis hora de paz.
El amor se acaba luego
Nunca la necesidad;
Hoy con el pan de la boda
No buscaréis otro pan.
De mí os vengáis esta noche
Y mañana á más tardar
Cuando almuercen un requiebro
Y en la mesa en vez de pan
Pongan una fe al comer
Y una constancia al cenar,
Y en vez de galas se pongan
Un buen amor de Milán
Una tela de «mi vida»
Aforroda en «me querrás»
Echarán de ver los dos
Cual se ha vengado de cual.

¡Como si no tuvieran un porvenir delante lleno de ilusiones y de esperanzas, y una voluntad sólida é inquebrantable con que ganar una posición! O como si esa noche de placer á que Don Lucas se refiere, fuera cosa leve por la que no se puede dar el bienestar, la riqueza, el pan y la vida!

Hablaremos de las costumbres de duelos y desafíos. *No hay amigo para amigo*, obra sutil, de capa y espada, género inventado por Lope de Vega, del cual y con Calderón y Moreto es Rojas la más legítima representación, es reflejo de la costumbre caballeresca en que las estocadas son cosa frecuente y los hombres son hidalgos puntillosos y soldados valientes, que ocupan su vida en el solo culto de la mujer como elemento de placer, el juego como distracción y la espada como oficio.

Don Luis dice de Don Lope:

Sin que ninguna le importe
De Flandes llego á entender
Que se vino á componer
Las pendencias de la corte.

Y el gracioso Moscón retrata al mismo personaje, su amo, en estas palabras:

Ahora que hay duelo y pendencia
está mi amo en su centro.

El complicadísimo é interesante argumento de esta magistral obra, es referido sucintamente, el siguiente: Seis años antes de levantarse el telón Don Luis, novio de Estrella mató en desafío á Don Félix, que quiso evitar esos amores para que la dama correspondiera á su hermano Don Alonso que la cortejaba inútilmente. A raíz del suceso, por evitar la acción de la justicia, Don Luis va á guerrear á Flandes, en donde salvó dos veces la vida á Don Lope. Este debe al

padre de Don Alonso su posición y sus honores. Don Luis—esto ya es en escena—olvidando á Estrella que sigue siendo solicitada por Don Alonso, se enamora de Aurora, hermana de éste, á la que dice llamarse Don Carlos. Le cita la dama que siente amor por él, para tener una entrevista en casa de una amiga que no nombra. Acude á la cita, y el lugar de ella es la casa de Estrella. Entra embozado y al verla, para no ser reconocido, no se desemboza, y pretextando empeños de honra intenta marcharse.

Don Alonso ha referido sus cuitas á Don Lope y proyectan asaltar la casa de Estrella para conseguir-la violentamente. Entran cuando Don Luis intentaba su retirada. Hacen riña; tras mandatos, súplicas y ruegos se descubre Don Luis muy á su pesar; es conocido como enemigo de Don Alonso, como amigo de Don Lope, y como ex amante de Estrella, incidentes de los que el autor saca partido, creando una escena llena de interés y de anhelo. Termina la obra casándose Don Luis con Aurora, y Don Alonso con Estrella.

En la interesante escena á que hemos hecho mención, sin atender súplicas, consejos ni llantos desnudan las espadas. A Don Lope, obligado con los dos, le solicitan ambos, y ante el dilema resuelve:

Reñir con los dos
Y aun matarlos ofendido,
Porque en tocando mi honor
No hay amigo para amigo.

Entre Don Alonso y Don Luis en la jornada 3.^a
hay valentía y carácter de reñidores:

DON A. ¡Vive Dios que he de mataros!

DON L. Obrad que es mengua
Que hable la voz de la lengua
Teniendo lengua el acero.

Y en esos momentos hay unas sanas filosofías en
un consejo:

Que estais engañado os digo;
Templad vuestra indignación,
Más castigo es el perdón
Que viene á ser el castigo.
En mi opinión yo sospecho
Que perdonar es vencer;
Con no matarle y poder
Quedáis mejor satisfecho.
Si dejáis de ser cruel
Si noble le perdonáis,
Cada vez que le encontráis
Os estáis vengando del;
Que verse un hombre obligado
Y no lo poder cumplir
Es la muerte del vivir,
Si es discreto y es honrado;
Y así mi consejo advierte
Que le dierades la herida
Muchas veces con la vida
Y una sola con la muerte.

En *Obligados y ofendidos* impiden á Don Pedro el

paso á la calle de su amada, guardada por su hermano Arnesto y unos matachines asalariados; riñen y Don Pedro cae al suelo por haber tropezado. Llega el Conde de Bel Flor y ayuda al caído caballero que está en grave riesgo de ser asesinado por los villanos. De la contienda resulta muerto Arnesto, al que por la obscuridad, no conoció su hermano el Conde. Entra á Don Pedro en su casa para librarle de los alguaciles, y cuando le enteran del suceso infausto amenaza con la muerte á D. Pedro. Este le replica:

Difícultoso se me hace
Y si lo queréis saber
Puesto que solos estamos
Y sois valiente, riñamos.

En *Don Diego de noche* acechan al Príncipe cuando va á casa de Lucinda y traban batalla dos veces, dando lugar á que Don Diego y Lope le salven la vida, recibiendo en cambio sus mercedes. Cuando Don Diego finge venir de Castilla á casa de D. Fernando que quiere casarle con su hija, para evitarla el deshonor que presumen la irrogará el Príncipe, que por diferencias de clase no puede casarse con ella, Don Diego se presenta de este modo:

No se si he venido bien
Pues apenas á la puerta
De vuestra casa llegué
Preguntando si lo era,

Cuando cuatro hombres me dicen
 Todos de buenas presencias:

.....

Y así os suplico que todos
 Me deis perdón y licencia
 Que me va faltando sangre.

En *Abre el ojo ó aviso á los solteros* Don Juan reta á Don Clemente. Don Julián acompaña á éste, y viendo que Don Juan no tiene padrino y ellos van tres con el criado Cartilla, dice:

Pues yo me paso á su lado

Para que se empiece ya

Y á vuestro lado podrá

Reñir...

DON C.

¿Quién?

DON F.

Vuestro criado.

Para esto le dad licencia

Dos á dos los cuatro así,

Reñiremos, que por mí

No se ha deshecho pendencia;

Por que no es razón ni quiero

Ahora aunque sea razón

Que se deje esta cuestión

Por no hayar un compañero.

D. Juan invita á D. Julián á que se pase á su lado para reñir con Don Clemente entre que él lo hace con Cartilla:

DON JULIÁN. Que me place

(*Pasándose al otro lado.*)

Ea riñamos amigo
Que yo á todo me acomodo.

Se llega á más todavía. En *Donde hay agravios no hay celos*, Don Fernando, tío de Don Lope aconseja al fingido Don Juan que haga riña con su sobrino. El falso Don Juan (Sancho) replica:

¡Oh! pues si Don Lope es
Téplase mi enojo ardiente.
Basta ser vuestro pariente
Para echarme yo á sus pies.
DON F. Que toméis venganza elijo
O indignado ó valeroso
Que siendo de Inés esposo
Mas sois vos, pues sois mi hijo.

A la negativa de Don Juan (Sancho) arguye Don Fernando en su papel de azuzador de enconos:

Así mi honor se desdora
¿No reñís por vuestra hermana?
S. Señor, reñir quiere gana
Y yo no la tengo ahora.
DON F. O habéis de tomar venganza
O no habéis de ser mi hijo.
Y sin que se satisfaga
El duelo, no hay que pensar
Que yo ostengo de casar.

Y estas situaciones se multiplican, y el autor las pinta en casi todas sus obras festivas, como *Sin honra no hay amistad*. *La hermosura y la desdicha*,

Primero es la honra que el gusto y otras de sus escogidas.

Las entonces tan inabordables diferencias de clase, y la fatal autoridad del hogar que aún perduran aunque en diferente forma y de otro modo vestidas, las trata Rojas en sus obras. Veamos en *Obligados y ofendidos* las diferencias de linaje.

FENIX Darne palabra de esposo
 Que es la añagaza ó el cebo
 Con que á la red del engaño
 Se abaten los pensamientos.
 Creíte, nací mujer
 Tuve amor, hallette tierno
 Vuelvo á resistirme más,
 Porffo, fué cumplimiento,
 Ruégasme, cierno el discurso,
 Lisonjeas, yo te creo,
 Vuelvo á dudar, tu te enojas
 Y en fin aquí de mi aliento
 Perdí.....

.....
 Recompensad, pese á mí
 Todo mi honor con el vuestro
 Pues en la sangre os compito
 Y en el amor os excedo.

CONDE. Que vuestro prometí ser
 Me habéis llegado á culpar.
 ¿Quién no promete al desear
 Por llegar al merecer?
 Yo os prometo ser constante
 En lazo tan cariñoso

Como olvidando lo esposo
Me consintáis en lo amante.

.....

Sois hermosa, pero vos
No habéis nacido mi igual.
Decir que da calidad
A la sangre la hermosura,
Sobre opinión mal segura,
Es necia vulgaridad.

Un ejemplo de autoridad y obediencia.

En *Primero es la honra que el gusto*, Don Rodrigo
riñe á su hija Leonor:

Muy bachillera estás hija;
Templa ese estilo advirtiéndolo
Que en el verdor de tus años
Pierden fuerza los consejos.
Si es necio Don Juan, es rico
Leonor; y en aqueste tiempo
Quien puede más vale más
Porque los merecimientos
Fallecen desanimados
Si del oro á los reflejos
No se esfuerzan; el que es pobre
No puede ser noble, puesto
Que no lo puede ostentar
Que es lo mismo que no serlo.

En la misma comedia Flora aconseja á Leonor que
se rebele ante esa imposición y Leonor contesta:

Solo por reducirle y ablandarle
Persuadirle podré, no replicarle,

Porque ó lo apruebe el gusto ó lo repruebe
Obedecer con sujeción se debe.

De un tiempo remotísimo en que la Inquisición señaló su maléfica influencia, se heredaron costumbres que en tiempos de Rojas—¡como no, si viven hoy!—se exteriorizaban haciendo ostentación de fe católica. El ilustre Ticknor recoge esa nota y da el color en estas palabras: «Cristóbal Colón arrastrando por las calles de Sevilla el cordón de San Francisco, y destinando para los gastos de guerra contra los infieles de Asia, el oro que se prometía hallar en el Nuevo Mundo, y haciendo votos porque las tierras que iba á descubrir no fuesen nunca holladas por otras plantas que las de un cristiano, católico, apostólico, romano, es el verdadero tipo del carácter español de aquella época».

Madame d'Aulnoy en su *Viaje* escribe de los españoles: «Van siempre con el rosario en la mano por la calle, y cuando están en conversación, cuando juegan al revesino, como cuando enamoran, ó cuando refieren cuentos ó chascarrillos y cuando murmuran unos de otros, en una palabra, andan con él todo el día diciendo sus devociones entre dientes y sin cesar un solo momento aun en la reunión más grave y ceremoniosa; cuán devotamente lo harán bien puede inferirse: pero en España es grande la fuerza de la costumbre». Bien cogió la nota de lo español, que en cuanto al aspecto religioso se refiere, está pinta-

do en el sabio refrán «á Dios rogando y con el mazo dando».

Los apetitos, los desengaños y los desvaríos iban á ahogarse en el convento. A él se apela como recurso en *Lo que son mujeres*.

Serafina dice de su hermana Matea:

¿No quieres tu que me asombre
Si en su vida ha visto hombre
Que no le parezca bien?
El chico, por lo donoso,
El grande, por lo entallado,
El puerco, por descuidado,
El limpio, por cuidadoso.
Porque guarda, el miserable,
Por arrojado, el valiente,
Al que habla, por elocuente,
Al que calla, por loable.
Al cobarde, por templado,
Al hablador, por chistoso,
Al tibio, por vergonzoso,
Por discreto al mesurado,
Al vano, por presunción,
Por constante al importuno,
Jamás ha visto hombre alguno
Que no le cobre afición.
Pues en un convento vea
Su humanidad reprimida.

Otro aspecto de esa suntuosa época de ensueños, que todo hombre medianamente culto conoce por la importancia que ha tenido en nuestras letras, son los

libros que el alma grande de Cervantes juzgó y condenó al fuego que anulase sus yerros.

Son los tan famosos libros de caballería en los siglos XV y XVI.

En ellos, dice Moratín y sabemos todos, «hacieron prodigios para exaltar la fantasía, enredaron las fábulas con artificiosa complicación, pintaron afectos heroicos ó tiernos para interesar el corazón del pueblo. En sus escenas y episodios había damas hermosísimas, príncipes, reyes, emperadores, ausencias, celos, placeres de amor, torneos, divisas, conquistas, empresas temerarias, fatigas sobrehumanas, torres de bronce, palacios de cristal, lagos hirvientes, desiertos hórridos, islas nadantes, carros aéreos, hechiceros, fadas, mónstruos, enanos, gigantes, dragones, hipógrifos: todo eran materia de aquellos libros que llamaron historias». Estas fantásticas aventuras entraron en la vida española y la recogió el teatro, cuyo carácter más notable era su nacionalismo. Se encauzaba por la senda de las afecciones populares para agradar y dar contento á los espectadores. Hacían entonces poco caso del arte, de ese arte sublime é ideal, educador del espíritu, conturbador del alma, domador de las pasiones, que encauza al sér humano á la suprema belleza y juzga accidental en el hombre, los órganos, los músculos, los tejidos todos, la carne pobre que nos hace interesar en egoismos y ruindades, y juzga esencial el temple de alma, la

anchura de pensamiento, lo grande para todo goce de artista que siente dulces sacudidas, vibrantes corrientes de placer ante una mujer desnuda, ante un cuadro del Greco, contemplando un paisaje, escuchando el glu-glu de un arroyuelo que destrenza su plata en hilillos que lamen las hierbas y las flores, ú oyendo una delicada sinfonía de Beehtoven. De ese arte del que han sido gloriosos cultivadores Schiller, Musset, Sakespeare, Ibsen.....

Al latido de opinión, en que se fantaseaba mezclando lo divino y lo humano en extraño consorcio, deben justificación las escenas de magia que, ocurridas en casa del sabio Fileno, pone Rojas en *Lo que quería ver el Marqués de Villena*. Por arte de encantamiento dislocado presencian el Marqués y Zambapalo desde la casa del mago, todo lo sucedido una noche en Salamanca. La alucinación es óptica y auditiva, pues que ellos escuchan á los distintos personajes que hablan en sus casas lo que interesa y forma el argumento de la obra. Lo divino y extra-natural explicado por Fileno en la academia de Serafina, ante la incredulidad y las burlas de todos, hace prosélitos. En esa academia en que se proponen temas tan salados como «si puede amar un capón», nacen los celos del Marqués ante las finezas que la dama que se finge el bachiller Madrid recibe de Serafina. Y la inquietud se adueña de la docta sesión á la que cantan los músicos.

Dejad la academia
De ciencias y ingenios
Que se ha vuelto palestra de amor
Y certamen de celos.

Por la magia se descubre el sexo del bachiller Madrid, y por la magia se desarrolla la obra que sin aquella no existiría.

En *La hermosura y la desdicha*, el apocado ánimo de Monzón se sobrecoge ante su amo Don Pedro, creyéndole un ánima ó espíritu del otro mundo.

Si en el purgatorio estás
Y algunas misas querías
Hoy todas las prendas más
Son seis pedradas no más.

Supersticiones son estas que se apoderaron del último de la dinastía austriaca, Carlos II *el Hechizado*, cuya alma miserable desquiciaron.

Hemos de recordar el afán guerrero y turbulento del siglo. Las aspiraciones de enriquecimiento que las gentes tenían, el desuso del trabajo, y los esfuerzos de todos para ingresar en el ejército. Tan excesivo número de unidades militares contaba, que muchos no pudieron ir á pelear. Y ese sobrante, que creía inferior á sus merecimientos cualquier ocupación, unidos á los que se repatriaban y á los impedidos físicamente formó un compacto núcleo de gentes ladinas, astutas, marrulleras que estaban ociosas para no

traicionar su rancio señorío; sin cenar muchas veces, pero siempre nueva la grande pluma del airoso chambergó, reluciente la espada, bien calzada la alta bota, erguido el bigote y cuidada la capa amplia y corta, paseaban en busca de aventuras solícitos á desfacer cualquier entuerto, ó á acometer cualquier empresa ilícita para atender á su sostenimiento. Reflejo de esto es en *Primero es la honra que el gusto*, la entrada de Doña Ana en casa de Don Félix.

Hidalgo, por vuestra vida,
Que á una mujer ampareis,
Que del sagrado se vale
De esta casa, por vencer
Un peligro en que su honor
Tormenta puede correr.
Siguiéndome un hombre viene
Y importa ocultarme dél;
Y aun si aqui me ha visto entrar
Segura dél no estaré;
Para pasar á esta sala,
Licencia me dad cortés
Hasta que del grave empeño
Deste riesgo, libre esté.

Los de las bajas clases de la sociedad, sobradamente vagos é intrigantes, inteligentes, truhanes y redomados pillos, se ganaban el sustento, unos con falsa cortesanía, hipócrita sumisión, y otros á estos medios ó recursos sumaban los robos, raterías y *chantage*. Es el tipo ladino que va á misa y toma la

hostia haciendo pública ostentación de fervor, humildad y mansedumbre é inmediatamente, ó al mismo tiempo engaña y roba á cualquier bobalicón ó confiado, con el más agradable desahogo. Rinconete y Cortadillo son legítimos representantes de esos hampones.

De ese estado de alma nació nuestra excelsa literatura picaresca en que figuran *El Lazarillo de Tormes* de Mendoza, *El Escudero Marcos Obregón* de Vicente Espinel y el *Gran Tacaño* y otras composiciones del ilustre escritor, del magno satírico, del fecundo, ingenioso y chispeante Quevedo. Pero sobre todos y ante todos está el monumental *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán estudiado por esclarecidos profesionales de la pluma, de mundial renombre. Circuló por la Europa entera traducido al francés, italiano, alemán, portugués, inglés, holandés y latín.

Este carácter nacional—que es fuente de la literatura picaresca, en su más pujante apogeo en vida de Rojas—frívolo ó perverso, interesante, maligno, de pájaro alegre que toma el fruto de ajeno campo, á veces con el egoísmo respetable de atender á su conservación, y otras para llevarlo al nido huérfano con desprendimiento y generosidad laudables, marcó una época muy floreciente y fecunda en nuestras letras.

Rojas los llevó á su teatro festivo con magnífico acierto. En *Obligados y ofendidos* hay una jornada 3.^a con tipos exactos de vividores, maleantes y ladrones. Reunidos en la cárcel Crispinillo, Mellado, Borrego y

alguno más, repasan, mientras beben un áspero vino, los motivos de su prisión. Preguntado Borrego, contesta:

Por enamorado.
Un día del Monumento,
Mas blando que un lamedor,
A la bolsa de un doctor
Le dije mi pensamiento.
Y ella aunque pesada y fiera,
Y aunque dama de opinión,
A escucharme mi razón
Se asomó á la faltriquera.
Y aunque era tanto el empeño
Como tanto la rogué
En efecto la saqué
De la casa de su dueño.
Librarme de todo intento
Fisco y parte me atropella,
Quiero casarme con ella
Y pídenme el rompimiento.

Los estudiantes, astutos, valientes, tiernos en sus afecciones, con alma en que se hermanan el romanticismo y las malas artes, bohemios, despreocupados, ingeniosos y libres dieron fama á nuestras universidades. Sus simpáticas maneras y alegres episodios hallaron acogida en la escena. En *Lo que quería ver el Marqués de Villena*, Cetina, Carrasco y algunos compañeros quitan á Julia, criada de Serafina, un pavo asado que saca de una pastelería. Tienden una cuerda de uno á otro lado de la calle para evitar la

persecución, se apoderan del *bípodo implume* y huyen con él. Conocedores ellos del obstáculo saltan la cuerda, que hace caer á los alguaciles y demás gentes que les persiguen.

Cetina, en otro lugar de la misma obra, quiere tener vino para cenar y se vale de una ingeniosa patraña. Vierte un poco de agua en una bota y va con ella á la taberna pidiendo cuatro azumbres de vino que echan en la bota, en donde se mezcla con el agua. Al ir á pagar se hace el sorprendido, indica que se le olvidó el dinero, y no concediéndole crédito en el establecimiento, quitan las cuatro azumbres que le habían servido. Pero queda una porción de vino aguado igual á la cantidad que del líquido transparente llevó.

La lectura de la carta de un padre que niega el dinero es de una belleza y un encanto notable.

Nos queda por relatar los retratos que hizo el insigne toledano de los burlones, taimados y socarrones criados. Es en boca de éstos donde pone Rojas infinitos encantos de su florido ingenio, las bellezas de una sana filosofía, el chiste de su vena humorista, el agridulce de su sátira contra usos y costumbres reñidos con toda humana lógica. Aquí se nos muestra potentísimo el talento del exquisito poeta.

Dice un crítico: «los graciosos son remedo de los de otra posición, criados del héroe y heroína que parodian el diálogo; los hombres son glotones, cobar-

des, alegres; las mujeres malignas y vivas, llenas de gracia y picardía». Todas esas cualidades las exalta Rojas, las elige con acierto, las pinta con graciosa facilidad, haciendo extremadamente simpáticos á esos personajes.

El gracioso Moscón, de *No hay amigo para amigo*, es un grandioso éxito. Habiendo recibido una bofetada de Fernando, consulta á su amo:

- Moscón. (Preguntarle es forzoso
Si es duelo mi bofetada).
Señor, el caso no es nada,
Mas yo soy escrupuloso.
No es nada.
- DON LOPE. ¿Pues qué te pasa?
Dilo y olvida esos miedos.
- Moscón. Con no más de cinco dedos
Me han dado en toda la cara.
- D. L. ¿Eso sufriste? oye, espera.
¡Mas es que lo escuche yo!
¿Quién te dió y cómo te dió?
- M. Señor, de aquesta manera. (*Va á darle*).
- D. L. ¡Quita, pícaro bufón,
Y tan deshonorado, estar,
(Cuando me ves enojar)
De chanza en esta ocasión!
¿No te corres de decirlo?
- M. Tiempo hay, ya me correré.
- D. L. Pues dime ¿sobre qué fué?
- M. ¿Sobre qué? sobre un carrillo.
- D. L. Oye, ¿qué es lo que te dió?
¿Fué puñada ó bofetada?

- M. ¡Oh! si me diera puñada
 No se lo sufriera yo.

- D. L. ¿Cuál es lo que preguntarme
 Quiéres?
- M. Señor, el golpe supuesto
 Y supuesto el bofetón,
 Saber quiero en conclusión...
- D. L. Dilo.
- M. Si quedé bien puesto.
- D. L. Cuando el bofetón te dió,
 ¿Qué hiciste tú?
- M. Recibirle.
- D. L. ¿En fin, no te satisfizo
 Cuando el bofetón te dió.
 ¿Te hizo cara?
- M. Cara no,
 Porque antes me la deshizo.
- D. L. ¡Que esa ofensa en tí no labre
 Indignar la espada airado!
- M. Dice el miedo «á esotra espada
 Que esta vaina no se abre».
- D. L. Buscar quiero otro criado
 Supuesto lo que le pasa,
 Que no ha de estar en mi casa
 hombre que esté deshonado.
- M. ¿Qué medio hay entre los dos?
- D. L. Morir noble y temerario.
- M. Pues págueme mi salario
 Y quédese usted con Dios.

Convencido luego aunque con pesar por las palabras de su amo, dice:

Vóyme; mi dolor
A darle muerte me inclina.
¡Quién supiera medicina
Para matarle mejor!

Más tarde tiene un donosísimo soliloquio. Cita á Fernando para vengar la ofensa; llega Moscón al lugar convenido con un rosario en la mano, rezando por el alma de su adversario, al que está seguro de matar. De él son estos versos:

Mas dejenme que me espante
De un disparate profundo.
¡Que haya quien riña en el mundo
Sin una tabla delante!
Demos que á las hojas llego,
Demos tambien que me dan,
¿Por que parte me darán
Que no haya responso luego?
Ello hay heridas mortales
En todas las ocasiones
El hígado, los riñones,
Los muslos, los atabales,
Un corazón, dos tetillas,
En la boca un paladar,
Y en el arca del cenar
Treinta varas de morcillas.
Dos sienes y dos orejas,
Cuatro lagartos después,
Dos ojos, si no son tres,
Toda una frente, dos cejas,
Una garganta vacía,
Todo un estómago abierto

¿Y con ser esto tan cierto
Hay quien riña cada día?

En *Amo y criado*, Sancho con su señor Don Juan Alvarado antes de contarle el trueque de fotografías, por el que le tienen luego como Don Juan en casa de Don Fernando, tiene este gracioso párrafo:

Hombre que sea enamorado
No más que por la pintura,
Por que á castigar se empiece
Su amorosa desvergüenza,
Ser sacado á la vergüenza
Del Desengaño merece.
Dime, Señor, por tu vida
Engañete ó no el primor
¿Há de pintarte el pintor
Si es tu mujer presumida,
Si es necia ó es recatada?;
¿Advertirate fiel
Muy solícito el pincel
Si es sucia ó desaliñada?
¿Del pincel colegirás
(Por mas que avise elegante)
Si tiene dientes delante,
Si guarda corcova atrás?
¿Advertirate el retrato
Con curiosa perfección
Lo que hay en su inclinación
Lo que hallarás en su trato?

Este personaje tiene también un famoso soliloquio

citado por todos los críticos, que insertamos por su belleza y su gracia:

¡Despues de Dios bodegon!
Luego dicen que es deshonra
Comerlo allí sin sabor.
¡Bendito seais vos Señor
Que no me habeis dado honra;
En ser hombre desigual
Por mas me vengo á tener,
Por que yo mas quiero ser
Pícaro que Cardenal.
Esto tengo por mas bueno
Que ser señor y aun reinar,
Que allá suele en el manjar
Disimularse el veneno.
Pues ser pícaro dispongo,
Que como Lope advirtió,
A ningún hombre se vió,
Darle veneno en mondongo.
Yo me entro á ser mas profundo
Y yo me entro á discurrir,
¿Por que á mi me ha de podrir
Que se use honra en el mundo?
¿Por que uno llegue á plantar
(Dejemos á un lado miedos)
En mi cara cinco dedos
Le tengo yo de matar?
Pues responderme ¿por que?
Si hay barbero que me pone
Cuando afeitarme dispone
Como á un San Bartolome,
Y llega con su navaja

Que sabe Dios, donde ha andado,
Y, en fin, despues de afeitado
Me toma el rostro y me encaja
Cuatro ó cinco bofetones
¿Por que en otras ocasiones
Hay duelo é indignación?
¿No es mejor un bofetón
Que quinientos bofetones?
¿Que aquestos duelos prosigan?
¿Que sea el mentir afrenta?
¿Que no importa que yo mienta
Y importa que me lo digan?
¿Que haya en el mundo este afán?
¿Que este uso en los hombres haya?
Señor, aun los palos vaya
Que duelen cuando se dan.
Duelista que andas cargado
Con el puntillo de honor,
Dime tonto ¿no es peor
Ser muerto que abofeteado?
¡Y que á la muerte tan ciertos
Vayan por que el duelo acabe!
Bien parece que no saben
Los vivos, lo que es ser muertos.

Refiriéndose Sancho á Beatriz que esquivo su apeto de placer dice:

Por que la ruego se ensancha
¡Que bien decía un amigo
Que el que quisiera vencer
Cualquier gorrón, al llegar
No le procure rogar
Si la puede acometer.

En la misma obra, Beatriz en reconocimiento á Don Fernando:

¡Oh! vivas mas que una suegra
Cuando es rica y tiene yerno
Que desea que se muera.

Lo que queria ver el Marqués de Villena, tiene un párrafo donoso en que Zambapalo describe á su amo el Marqués la casa de Fileno el mago.

Es larga como señor
De otros tiempos, es estrecha
Como mercader de ahora
Y oscura como conciencia
De letrado, que recibe
Cualquiera pleito que venga.

La hermosura y la desdicha tiene como heroína á Doña Inés, de la que es sirvienta Lain, que perverso facilita la entrada á la casa de su ama á Don Juan por el precio de una cadena, y temiendo que le descubran y le castiguen, expresa sus zozobras de este modo:

Hoy me pringan como á negro
Y á los muchachos alegre,
Hoy mi vida tiene fin.
Yo me veo con cadena,
No es mal oficio alcahuete
Si tanto medra un pobrete.
¿Si será falsa? ¿si es buena?

Gibaja es un saladísimo tipo casamentero de *Lo*

que son mujeres. Rafaela, que pretende casarse, sostiene con él un chispeante diálogo, aprovechando la ocasión en que Gibaja va como agente de matrimonios á visitar á su ama Serafina:

RAFAELA. ¿Ansí no habrá para mí un novio del baratillo?

GIBAJA. ¿Eres algo honesta?

R. Poco.

G. ¿Eres hacendosa?

R. ¿Yo?

G. ¿Eres bien nacida?

R. No.

G. ¿Tienes dinero?

R. Tampoco.

G. ¿Limpia?

R. Con solo un vestido.

G. ¿Doncella podré decir?

R. Ya eso es mucho pedir.

G. No te faltará marido.

En *La más hidalga hermosura* la Reina de León, hace un presente al Conde Fernán González, como premio de su victoria sobre Navarra:

Os quiero dar esta joya
Y estimadla, que en su tanto
Vale tanto como yo.

.....

CONDE. ¿Qué podrá tener
Esta caja, que tan alto
Precio le puso la reina?

NUÑO (*criado*). Yo no he sido lapidario

- Y he de apreciar esta joya
Antes de verla.
- C. Veamos.
- N. Parece, señor mío
Que valdrá sus cien ducados
Seis más ó menos.
- C. ¿En qué
Dime, Nuño, lo has hallado?
- N. En que esto valdrá la Reina
Vendida en Argel.

La relajación, las libertades en los placeres del amor que desunen los matrimonios y llevan el desasosiego á las familias que pretenden en su rutinariismo que los hijos sean castos, las esposas honestas y los maridos virtuosos como si fueran hombres peñas insensibles á todas las excitaciones que á cada hora se reciben, era corriente entonces como hoy y en menor grado que mañana; no son cosas que el hombre pueda mudar á su antojo, ha de someterse á ellas, con más alma los artistas, con más sensualismo los vulgares, y ser siervo de la más fatal y más bella ley de la divina naturaleza, perpetua gozadora que nos predica con ejemplos adorables ser el placer lo más grande que en el mundo existe.

Muestra de esas libertades es la opinión de Andrea en *Don Lucas del cigarral*, que quiere hacer á su ama Doña Isabel desesperar de que su prometido sea buen marido:

Puede ser que este lo sea,
Pero no hay marido bueno.
Ver como se hacen temer
A los enojos menores
Y aquel hacerse señores
De su perpétua mujer;
Aquella templanza rara
Y aquella vida tan fria
Donde no hay un «alma mia»
Por un ojo de la cara;
Aquella vida tambien
Sin cuidado ni desvelos,
Aquel amor tan sin celos,
Los celos tan sin desden.
La seguridad prolija
Y las tibiezas tan grandes
Que pone un requiebro en Flandes
Quien llama á su mujer «hija».

El libertinaje de *Aviso á los solteros* le vemos en su protagonista doña Clara:

Mejor es un miserable
Que tenga y no quiera darnos
Que no aunque nos quiera dar
Quien no tiene aunque sea franco
Que aquel puede dar si quiere
O de fino ó de obligado
Y este obligado ni fino
No dará sin poder darlo.

Más demostrativo y claro es el parlamento de Pepino y Flora en *Primero es la honra que el gusto*.

PEPINO. Taimada, protoalcahueta,
Que sin duda es Satanás
Tu catedratico en esta
Doctrina de alcahuetear;
De las bolsas el ce ce
De los chismes el zis zas
Cocinera de embelecocos
Que con su pimienta y sal
Los guisas cual digan beatas
¡Como di sin mas ni mas
En el signo Capricornio
Há puesto á D. Felix ya
Esta tu ama? Di ¿como
Es con él tan liberal
De los tallos que se crían
En Medellin? Ven acá
Dame al punto cuenta desto
Que está mi curiosidad
A la muerte por saber
El caso.

FLORA. Pues allá va
Porque no mal para: escuche
Señor mío: En Madrid no hay
Dama ninguna que pueda
Con solo un galan pasar
Por que son tan redomados
Aun los mas finos, que ya
Cualesquiera dellos es
De su bolsa mas galan
Que de su dama; y así
Mi ama quiere imitar
El común estilo haciendo
Como todas las demás:

Que galanes y camisas
Siete se han de remudar
Cada semana.

Nos referiremos últimamente á dos de sus comedias. *La más hidalga hermosura* tiene una escena preciosa y noble en que Albar Ramírez, al dar cuenta de la prisión del esforzado y valeroso Conde Fernan González, exalta los méritos de este personaje y pide elementos de batalla con que librarse del ominoso yugo. Conseguidos sus leales propósitos, dice á la solemne concurrencia:

Y por que no haya infanzon
Ni rico hombre de Castilla
Que falte á la obligacion
De su sangre, jurad todos
Sobre la cruz del pendon
En nuestro lenguaje antiguo
Ceremonia que dejó
Puesta en uso el gran Pelayo
Nuestro gran antecesor
Estas palabras «Ramiro
Rey de Asturias y León».

Sigue á esto la grave fórmula del juramento, ajustada en forma, en modo y lenguaje á la tradición histórica.

Por boca de Lope, en *D. Diego de noche*, tiene el autor esta ingenuidad:

No me mires ni me aguardes,
Que no he de hablar, te prometo

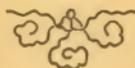
En mi vida una palabra,
Que soy desdichado en esto.
Como esto es imitación
De las costumbres del pueblo
Tal vez la lengua ó la pluma
Dicen lo que no quisieron.

El insigne Rojas nos muestra en los dos versos que subrayamos que su vena poética, su florido ingenio, su alma bella, su claro talento, su genio profundo, sus sentimientos delicados; soñador, tierno, sensible unas veces, irónico, gracioso, maligno otras, encontraron en el pueblo de gloriosos ideales exquisitos, encantadores en lo caballeroso y en lo perverso á que siempre acompañan galanuras y gracias, risas, despreocupación, canciones y alegría de almas grandes y sencillas, todo el inmenso caudal que brillantó sus comedias, interesantes, valientes, acertadas y de rara perfección y mérito inmenso, tanto, que señalan una página de gloria en nuestra literatura clásica que de triunfo en triunfo escuchando aclamaciones y aplausos nutridos, espontáneos y elogios entusiastas y sinceros, recorrió las tierras más bellas, más grandes, más pujantes de Europa que admiraba y rendía culto á la España intelectual.

Rojas merece considerable parte de ese honor. «La segunda comedia que ocupó lugar preferente en el teatro francés» lo fué *Entre bobos anda el juego*, que tradujo Corneille. Scarron vertió al mismo idio-

ma con el título «Jodelet maître et valet» la de Rojas *Donde hay agravios no hay celos*. Rotrou imitó en su «Wenceslas» la de *No hay ser padre siendo rey* y Lesage fundó la historia de «Gil Blas de Santillana» en el drama *Casarse por vengarse*.

Separando como elementos de juicio algunas equivocaciones del famoso autor—«Persiles y Segismunda», «Los encantos de Medea», «El falso profeta Mahoma», «D. Pedro Miago» y alguna otra, yerros que desaparecen ante las exquisiteces del divino *García del Castañar* y las magistrales *Progne y Filomena*, *El más impropio verdugo*, *El cain de Cataluña*, *Sin honra no hay amistad* y las demás citadas en otras páginas de este trabajo—queda su labor briosa, pletórica de exactitud y de buen gusto, llena de luminosos destellos, de temple y vigor insuperable, de armonías que deleitan, de situaciones cómicas que entretienen y regocijan, ó de episodios dramáticos solemnísimos, de definida originalidad y hermosa pintura, que llevan un anhelo que se cuela en el alma causando una intensa emoción, que al deshacerse crea un goce refinado, y enerva y tonifica los nervios que son alma.





V

BUSCANDO notas en los tomos de bibliografías—que tienen noticias biográficas—apilados en los estantes de la Biblioteca Nacional, noto con pesar que los eruditos que han hecho libros y catálogos, encuentran frecuentemente en el estudio de los clásicos un árbol genealógico de entroncamiento ó de ramaje noble, de alcurnia, sangre linajuda, filiación aristocrática.

Molesto por esos detalles, muchos de ellos rebuscados y dudosos, y otros, aunque ciertos, nada estimables—los blasones, noblezas y abolengos no son títulos de preeminencia en ningún aspecto social—he leído con fruición y regocijo lo que se refiere al autor que estudiamos.

Los plebeyos, para sonreirnos del contraste que los visos rojos de nuestro tejido sanguíneo hacen con las bellas irisaciones de la sangre azul de enfatuados señores de horca y cuchillo, dueños de castillos y haciendas, ó de diamantes y automóviles, encontramos en la mísera procedencia de Rojas y de tantos otros geniales hombres la reivindicación de nuestra delica-

deza de alma, de nuestros derechos y de nuestro valimiento.

No se tenga en menos á los preteridos por la suerte, á los que llegaron tarde al reparto de prebendas sociales, que dan méritos y posición según está hoy constituída la sociedad, hecha á imagen y semejanza de los mandarines que todo lo disponen para su servicio y en su honor.

Entre los colocados en las bajas capas de la humanidad alientan hálitos de grandezas ideales, ansias de bien y tienen condensada, acumulada de año en año y de generación en generación, una potencia orgánica, una fuerza positiva que vendrá de Occidente en avalancha imponente renovando el estado de ánimo, abriendo surcos profundos en que germinará la semilla de la justicia, del amor, de la bondad. Y ese día será llegado y un sol nuevo acariciador lucirá para el Nuevo Mundo, y los seres pensantes que pueblan el universo se asociarán constituyendo una gran familia que disfrutará por igual las blanduras de la vida, prestando todos su esfuerzo útil, sin fatiga, sin egoísmo y sin maldad para conseguir el común bienestar de los hermanos.

La labor individual prepara paciente y tenazmente ese día modificando costumbres, derrocando ídolos, inoculando savia de belleza y de arte, que es rebeldía, en los desmedrados, en los preteridos, en el triste y sufrido proletariado.

Unos con la pluma, otros con el microscopio, quien con la azada, algunos con las máquinas; y ved que todos, escritores, histologistas, agricultores é ingenieros proceden de obscuras familias que pasan los años de su existencia amargados por pesadumbres, estrecheces y aun por el hambre.

De entre ellos se alzó el plebeyo Rojas Zorrilla. Finando el 1644, cuando el autor esclarecido contaba treinta y siete años, haciendo las pruebas para su entrada en la Orden de Caballeros del hábito de Santiago, se demostró la modestia de su cuna.

Un hombre astuto y envidioso, uno de esos espíritus sagaces y mal intencionados que se llamó Gabriel López, retrasó las pruebas con un escrito en que manifestaba que: «los abuelos paternos de aquél habían sido Juan Pérez de Rojas y Leonor Ortiz, naturales de Toledo y que dicho abuelo fué tejedor y vivió en la Plaza del Marqués de Villena y fué hijo de Fulano Rojas carpintero que tuvo una tienda más de cuarenta años frontera de las caballerizas del conde de Fuensalida, el cual era mulato y comunmente le llamaban el moro—esa descendencia imposibilitaba la entrada en la Orden—y así mismo se lo llamaban á un biznieto suyo llamado Bartolomé de Rojas, primo hermano del pretendiente, hijo de hermano de su padre, que habrá seis meses que murió siendo alquilador de mulas en Toledo y vivía en la Plazuela del conde de Fuensalida. Y la dicha Leonor Ortiz, abuela

paterna del pretendiente fué hermana de Juan de Soria Ortiz, suegro de Don Pedro Baca, y la dicha Leonor Ortiz es nieta de Rodrigo Ortiz Miscal quemado por judaizante el año de 1490 y el sanbenito está en Santo Tomé de Toledo».

Alguien dice haber ejercido el padre de Rojas en la ciudad de Murcia el oficio de escribano de número, y como éste también era impedimento para entrar en la Orden, pidió y obtuvo dispensa de este *defecto*, de S. S. en Roma.

Sea de ello lo que quiera, escribano, carpintero ó alquilador de mulas su padre, el origen de Rojas es modesto, nació en la pobreza.

Y *á pesar* de este origen asombró con sus talentos, nutrió de producciones notables la literatura española y brillaron sus comedias en el teatro francés, importadas por prestigiosos escritores traspirenaicos.

No hay la convicción suficiente en las ideas libres, y por tanto, no hay la independencia, la valentía necesaria para rechazar honores que dan consideración social, que facilitan la vida, que hacen *un nombre*. Rojas aceptó el alto homenaje, y el mimo de que le hizo objeto la corte, y sus relaciones con gentes de alcurnia, cortesanos y palaciegos templó su rebeldía, influyendo en su vida y en su obra.

Aparte consideraciones y filosofías que en este punto del desarrollo del libro pudieran hacerse, que-

da como hecho digno de parar mientes que D. Francisco de Rojas nació en familia de humildes.

Los pobres fustigan, se alzan, se hierguen altivos con la altivez de la rebeldía sacratísima, los humildes tienen un alma ancha, un corazón fuerte, un cerebro grande que les prepara el triunfo. Hablamos de los humildes libres é indomables, no de los humillados que, cuando más, merecen que el látigo del dueño marque sus espaldas desnudas con roja señal, estigma de vileza.

Levantando el pendón rojo, al son clamoroso del credo libre, cantando salmodias de bien y de justicia, entrarán un día en la entraña social á borrar privilegios, á que todos coman, á que todos se alegren y puedan, satisfechas sus necesidades, reir y amar.





VI

SUPONGO al lector sintiendo los agradables efectos del *vermouth* servido en páginas anteriores, al esbozar las bellezas de los magistrales dramas de Rojas. Especialmente del grandioso *García del Casteñar*, adjetivado hasta la hipérbole, como condensación del entusiasmo que sus bellísimas escenas produjeron en mí.

Contaría yo diez años cuando en un pueblo de la provincia de Toledo—Orgaz—cercano al Casteñar, en que se supone la acción del drama, le ví representar por primera vez. Una compañía infantil, formada entre pequeños de ambos sexos, con el fin de allegar recursos para remediar la crisis obrera de un invierno—loable acción que sirve de alcahueta á la demolición del arte—puso en escena el drama admirable para el que Ochoa «no encuentra expresiones con que encarecer su mérito.»

El teatrillo estaba adornado con percalinas y flores y alumbrado con lámparas de petróleo.

La orquesta diluyó por la sala los compases de una tediosa cantata, en espera de la llegada del público.

Despaciosamente fueron entrando las familias y ocuparon todas las localidades.

La boticaria y la jueza, que habían dado el último retoque á sus pequeñines, bajaron por una puertecilla de comunicación al patio de butacas. Estaban radiantes de júbilo, enorgullecidas porque sus tiernos retoños, ataviados muy guapamente, con trajes que más bien obedecían al capricho y á la inventiva familiar, que no á la época, iban á *ejecutar* un drama, en que aparecían de reyes y condes.

Se alzó el telón, y, la boticaria, que «no cabía en sí», echó á D. Mendo, su hijo, antes de que dijera el primer verso, un paquete de bombones.

Los niños, muy serios, con barbas y bigote, haciéndose los graves, ahuecando la voz, *dieron curso* á las escenas, interrumpidos por aplausos calurosos á cada latiguillo y por «monteras» de dulces que caían en el escenario á cada desplante.

Mis infantiles manos batieron palmas, exteriorizando el entusiasmo que me producían los parlamentos largos, de los que sólo guardé una leve emoción, nacida de las descripciones campestres, poéticas y sencillas.

En el acto 2.º ocurrió un incidente, en que un socarrón aldeano hizo de crítico anónimo del maestro. Fué en la escena VIII cuando Don García está en

«espera» de reses. El aldeano aficionado empedernido, un pasional de ese sport, tal vez alucinado, creyendo realidad la escena de la caza, cuando García dice:

Mas el ruido me avisa
Que un jabalí desciende; con gran prisa
Vuelve huyendo, habrá oído
Algún ruido distante su sentido...

le interrumpió autoritariamente «¿Como va á entrar bocón, si estás parlando?».

Conocedor de las molestias que se operan si al aperitivo no sigue el alimento, voy á servir al lector un exquisito *lunch* al que el corpulento Garguilio de *La muerte de los dioses*, gustador de todas las voluptuosidades del saboreo de una ostra del Adriático, despreciador de filosofías y literatura, no podía poner reparo alguno.

Y para ello entraré en el ópimo campo de los dramas de Rojas. Separando los bellísimos *El más impropio verdugo*, tan elogiado por Gil de Zárate, *El cañ de Cataluña* muy encomiado por Martínez de la Rosa, *Casarse por vengarse* ensalzado por la crítica, y otros de no menores prestigios; apartándonos forzosamente de sus dramas desconocidos *Lucrecia y Tarquino*, *Numancia destruida*, *Nadie haga bien á traidores*, *Buena sangre es lo mejor* y *Murmuraciones de aldea*, que se suponen producciones notables, fijaremos

nuestra atención en dos obras reputadas como las mejores salidas de la pluma galana del autor que estudiamos.

Destruiremos antes ataques crueles, rudos, y en parte injustos que algunos críticos le han dirigido.

Martínez de la Rosa dice: «En Rojas parece que se ven dos poetas distintos: uno extravagante y afectado, que se afanaba por parecer elevado y sublime lisonjeando el mal gusto de su época, y otro lleno de amenidad y gracia cuando dejaba correr libremente su talento sin oprimirle ni hostigarle». Cierto. Unas veces estruja su cerebro en dolorosa masturbación para tener del parto un feto desmedrado en quence, una comedia artificiosa, enmarañada, falta de vida y originalidad. Se observa en sus obras malas falta de conexión, imágenes ridículas á fuerza de querer ser elevadas y geniales, pero un crítico imparcial que no aleja desdeñosamente el ejemplar y continúa su estudio, nota que en ellas hay escenas bellísimas, inspiradas, muy sentidas y magistralmente pintadas.

Gil de Zárate muestra de *Los aspides de Cleópatra* (obra mala) un trozo hiperbólico, hinchado que empieza:

Cuando el alba y aurora entonces bellas
A reconocer salen las estrellas,
Cuando el tardo lucero sin decoro
Murmurando está el sol bostezos de oro.

Y cita en su contraste el gracioso soliloquio de Sancho en *No hay amigo para amigo*.

Sin duda, dice Mesonero Romanos, debió oponer al trozo malo el bellissimo diálogo de la misma obra entre Marco Antonio y la Reina de Egipto, que es así:

CLEÓPATRA. Dí quién eres soldado.

M. A. Marco Antonio.

C. Temor de oír su nombre he recibido
Y esta es la vez primera que he temido;
Pero es valor este temor primero;
Echar el velo á mi hermosura quiero
Que pues mi espada el triunfo me asegura
No quiero que le venza mi hermosura.

M. A. (*sale*) Cleópatra valerosa
Segun dice la fama, muy hermosa,
Que es lo que agora menos te asegura,
Pues yo no he de rendirme á tu hermosura;
Reina de Egipto, no como solia,

Porque hoy ha de ser mia Alejandria.
Yo vengo, asi una ofensa restituyo,
A llevarte á mi reino por el tuyo.

C. Marco Antonio imprudente
Para con los cobardes muy valiente,
Y segun el clarin armonioso,
Para con infelices venturoso,
No rey del Asia ya como solia,
Porque el Asia tambien ha de ser mia,
Vuelvete al mar salado
Si no quieres, quedando aprisionado
En mi reino, que llama Europa suyo,

- Que vaya luego á conquistar el tuyo;
 ¿Que á Lépidó he vencido no lo sabes?
- M. A. Diole sepulcro el mar á ochenta naves.
- C. A Octaviano venció mi brazo airado.
- M. A. El se dejó vencer de enamorado;
 Tus ojos me contó que le rindieron.
- C. ¡Pese á mis ojos si ellos le vencieron (*Levan-
 tándose*)
 ¡Viven ellos que al sol causan enojos,
 Que no te he de enseñar á ti mis ojos,
 Por que al verte vencido
 No digas que mis ojos te han rendido!
- M. A. Pues yo bien se cuando á tu luz me llego
 Que no puede rendirme el amor ciego.
- C. Aunque verme deseas,
 Soy mucho yo para que tu me veas.
 Ni he de verte por no darte indignado
 Los méritos de haberte yo mirado.
- M. A. Aunque eso dices responderte puedo
 Que no me ves por no tenerme miedo.
- C. Y tu valor mirarme no procura
 Por que teme rendirse á mi hermosura.
- M. A. Y aunque mirara de tu luz el fuego...
- C. ¿Que hicieras si me vieras? (*Descubrese y
 mirale*)
- M. A. Morir luego.

Bellezas parecidas figuran en sus obras malas. Y es que un momento de desacierto, una equivocación en la que influyen circunstancias diversas—la moda, el afán de aplausos, el deseo de halagar al público—no evitan de ningún modo en las obras malas de Rojas

el sello de su genio creador, poético, potente é inspirado. Cayó á veces en el culteranismo de su época, pero influyó muy poco en él ese estilo del que se burla en *Sin honra no hay amistad*, diciendo de la oscuridad de la noche:

Está hecho un Góngora el cielo,
mas oscuro que su verso.



Entre los dos dramas que hemos de analizar escogemos primero *Progne y Filomena*.

Tiene todo el *corte*, los aciertos y las esquisitas emociones rudas de la tragedia shakesperiana. La belleza de sus escenas, el argumento bien estudiado, la fábula delicadamente sentida, encierran una fuerza pasional que subyuga el ánimo y suspende la atención que se interesa más y más á cada verso. En esta obra hace gala de la pureza de locución, el *nervio* y la expresión castiza que le señala muy acertadamente Ochoa. Y luce en toda la plenitud su talento y su temple de alma.

Concertado el enlace de Tereo rey de Tracia con una de las dos hijas de Pandrón, rey de Atenas, Hipólito hermano de Tereo que está de embajador en la corte de Atenas, manda á su rey los retratos de Progne y Filomena; enamorado de Filomena que

supera en belleza á Progne, escribe en el reverso de los retratos los nombres de las doncellas trocados.

Tereo elige á Progne, y otorga poderes á su hermano para que en su nombre contraiga matrimonio. Transcurrido algún tiempo, Hipólito declara su amor á Filomena que le corresponde ardientemente. Ved con cuanta belleza lo refiere Filomena en la primera jornada.

.....

Y viendo ya que mi hermana
De tu hermano es dulce prenda
Lo que calló tu lealtad
Dejo decir tu terneza.
Hablábasme con suspiros,
Que son retórica nueva
Que en la clase del amor
Ha inventado la modestia.

.....

Y en mi jardín una tarde
Donde tus lágrimas eran
Si de tu amor bien lloradas
De mi dolor satisfechas;
Apacible con tu ruego
Cariñosa con tu queja
Creyéndote como hermosa
Oyéndote como tierna,
Viéndote activo en la llama,
Solícito en la empresa,
Llegando, al verme remisa,
La noche por medianera
Al arrullo de tu voz

Como si muy niño fuera
Dormido quedó mi honor
Y mi esperanza despierta.

Por razones de estado se concierta el matrimonio de Jacobo, primogénito del Rey de Albania, con Filomena. Pide ésta consejo á Hipólito para evitar el enlace, y convienen en que siga á Tereo y á su hermana á Tracia, para lo que obtiene permiso.

En la primera jornada llega Tereo, y encontrando juntas á las dos hermanas, habla galanuras dirigidas á Filomena, que es la por él elegida, y le contesta Progne como su esposa. Sospecha el rey una traición de su hermano y tienen una escena en que los dos tratan muy astutamente de evitarse la confesión de su enamoramiento. Para sondar el ánimo de Hipólito le propone Tereo que se case con Filomena, y á su negativa le ordena, pues, que no está enamorado, que vaya á guerrear á la Valaquia.

La jornada segunda es briosa, valiente, con mucho acierto pensada y descrita.

Es en la corte de Tereo. Este abre de noche el aposento de Filomena, que se levanta del lecho y va á contar á su hermana el atentado.

Anegóse en el mar el rubio coche
Las estampas de luz borró la noche.
Retrájose á las grutas viento manso,
La fatiga se entraba en el descanso.

.....

Cuando siento que prueban una llave
 A mi puerta, y sintiendo mis enojos
 Todo mi oído alborotó á mis ojos;
 El susto extraño, la ocasión ignoro
 Sobre mi propio lecho me incorporo,
 Guardo todo mi aliento retraído
 Encargo mis sentidos al oído
 Y reparo la llave que procura
 No sentirse en la propia cerradura.

.....

Esto sucede el mismo día en que transcurridos dos años vuelve Hipólito vencedor.

El Rey, al salir de la cámara de Filomena, encuentra á Progne y canta loores á su belleza.

Progne le replica:

Ni enojos que me habéis dado
 Ni los desdenes groseros
 Con que tal vez á mi amor
 Le sacaste de ser ciego:
 Ni las crueldades que lloro
 Ni las injurias que os temo
 Ni los agravios que os sufro
 Ni los yerros que os consiento,
 Para las ofensas mias
 Han sido de tanto peso
 Como son para mi oido
 Extraños vuestros requiebros.
 Que me aborrezcais os pido
 Que no me finjais os ruego,
 Que lo segundo es agravio
 Y lo primero es consuelo.

Filomena ha extendido dos billetes para Hipólito, previniéndole los peligros que corre su honor y su vida, y citándole en un bosque próximo para huir de Tracia. Se los entrega á Chilindrón y Juanete, para que, apostados en diferentes sitios, hagan llegar á su poder alguno. Chilindrón entrega la esquila al rey y Juanete la hace llegar á manos de Hipólito.

El rey va al bosque y se apodera de Filomena con engaño. Huyendo de los brazos de Tereo cuando le reconoce, encuentra á Hipólito. Llega bañada en sangre, el cabello revuelto, la faz descompuesta, descalza, sin poder hablar, por una herida que le infirió Tereo en la garganta. Se apodera de la daga de Hipólito y escribe sobre la arena, leyéndolo éste:

- H. «Tu hermano el Rey» (*que infiel*)
 Nunca faltará papel
 Para escribir un agravio
 (*lee*) «Vengativo, fué Tirano
 Contra la divina ley;»
 Dejar quiero solo el Rey
 Quiero borrar el hermano. (*Borre*).
 (*lee*) «Hizo en mi, tuvo poder...»
 ¡Ay pena, ay dolor, ay honra!
 Que alumbre yo mi deshonra.
 (*lee*) «Todo lo que pudo hacer...»

En la jornada tercera sale Filomena vestida de pieles, diciendo estos versos bellos y rebeldes:

Muere indomito bruto coronado
En la verde república del prado;
Muere de aquesta suerte;
Porque eres rey no mas te doy la muerte;
Si desde Albania fugitiva fiera,
De Tracia te viniste á la ribera,
Porque el sueño te engaña
Que tu enemigo corre á la campaña
Aquel pino que mira ese horizonte,
Que es rey vegetativo de este monte,
Postrarle pronto espero
Al arrojado filo de mi acero,
Y deshojar esperan mis rigores
Al clavel porque es rey entre las flores.

Llora su deshonra y vengativa exclama:

El aire, el ave, y el cristal sonoro
Todos hallan venganza y yo la ignoro.
Aquel monte que primero
Sufrió al año ofensas mil,
Ya le desagravia Abril
De las injurias de Enero;
Del ave el curso ligero
Halló su consorte igual,
Y el fugitivo cristal
Halló el centro á su corriente;
Pero mi mal solamente
Se descuenta con mi mal.

Alentada un momento porque ha oído resonar un
parche guerrero, desmaya pronto:

A la noche sigue el día
La calma á la tempestad,
Al viento serenidad,
Vence el sol la niebla fría;
A la pena la alegría,
El desengaño al encanto;
Al llanto el suave canto
Sigue el olvido al amor;
Y solo de mi dolor
Es consecuencia mi llanto.

El engaño que la hace Tereo en el bosque, le describe Filomena á Progne al final.

Llegué al monte aplazado,
Mas un monte se muda á un desdichado;
Del monte huella la cerviz altiva
Muerto el honor y la esperanza viva,
Suelto la voz del labio
Y ella fué la trompeta de mi agravio,
Finge la voz Tereo,
Y no reparó en voces mi deseo;
A sus brazos prevengo mis abrazos
Y nunca más que entonces fueron lazos.

La tragedia termina dando muerte entre las dos hermanas, igualmente ofendidas, á Tereo.

Lo transcrito es sólo un débil reflejo de los pasajes interesantes, preciosas escenas, brillantes conceptos y acertadas situaciones, altamente emocionantes y bellas, que forman el todo perfecto del magistral *Progne y Filomena*.

El período de decadencia que atravesó la literatura nacional en tiempo de los últimos Austrias, no se extendió al teatro como se ha podido apreciar en estas páginas.

Ese decaimiento se hace evidente observando las nutridas listas de escritores insertas por Cervantes en su *Galatea* y *Viaje del Parnaso*, y por Lope de Vega en su *Laurel de Apolo*, y contrastando el número, con el limitadísimo de los tiempos de Carlos II. La degradación, no ya de la literatura, también de los hombres, es á tal punto extremada, que en 1680, á la más leve indicación del desdichado monarca, construyeron los ciudadanos—que tenían perdido por omisión su derecho de ciudadanía—un anfiteatro para la celebración de un inhumano auto de fe, y con tal entusiasmo trabajaban, que de haber faltado materiales, asegura un autor que habrían deshecho sus propias viviendas para que no se viese contrariado el sanguiinario capricho del desdichado rey.

Por fortuna, esa vileza que se enseñoreaba de todas las artes y profesiones, no llegó al teatro, que conservó siempre su independendencia. Ni aun la corte de Felipe IV, antecesor del *Hechizado*, que tanto protegió el arte de Talía, logró variar las formas y el modo del drama hispano, que se destacó siempre por su nacionalismo, como reflejo de los gustos y aficiones de los españoles. En Rojas se deslindan fácilmente las transformaciones del gusto de sus contem-

poráneos. Él tiene obras heroicas, de capa y espada, trágicas, caballerescas, de hidalgos puntillosos, y tiene también obras que son trasunto de la moda de la literatura bucólica.

El napolitano Sannazaro importó esa forma á nuestra patria y en ella se aclimató, ahuyentando los gustos guerreros, las ansias de gloria y conquista, la afición á la dura y poco gloriosa profesión de soldado y los ensueños de dominación que alentaban en todos los cerebros.

Nació otro espíritu más bello, más atrayente y poético, el de contemplar los encantos que la naturaleza tiene en sus paisajes que son lienzos de purísimo arte, y cantar las delicadas sensaciones de paz de la vida pastoril.

Con su cultivo se enriqueció de frutos ese género. Aparecieron los libros de sencilla prosa poética, *Diana enamorada* de Jorge de Montemayor «que se leyó en el siglo XVI, mas que otro libro de entretenimiento exceptuando *La Celestina*» (Ticknor), la *Galatea* de Cervantes, *Desengaño de celos* de López Enciso, *Pastores de Iberia* de Bernardo de la Vega, *Ninfas y Pastores de Henares* de González Bovadilla y otros.

En todas esas obras se exalta la vida suave, quieta, de ensueño, mansa y serena de las gentes rurales y se describe la naturaleza, dominadora, que asombra con sus cuadros y extasía y deleita con la melancolía

de una puesta de sol, ó con un amanecer triunfador preñado de luces y misterios.

Mucho y muy delicado de este género tiene el *García del Castañar*.

La musa de Rojas, variada, inquieta, su genio excelso, pule en esta obra maestra sonoros versos, elevados, exquisitos como si el papel fuese oro, y su pluma buril que lo labra afilegranadamente produciendo un artístico trabajo brillante de formas, de conjunto armónico y grande con todas las perfecciones de su gloriosa inspiración.

Nada tan grave, tan noble, como la relación que hace García al rey después de matar á D. Mendo.

No soy quien piensas, Alfonso,
No soy villano ni injurio
Sin razón la inmunidad
De tus palacios augustos.
Debajo de aqueste trage
Generosa sangre encubro,
Que no se mas de los montes
Que el desengaño y el uso.

Le cuenta su historia que termina con estas altísimas estrofas.

Hasta que anoche en mi casa
Vi á aqueste huesped perjuro
Que en Blanca atrevidamente,
Los ojos lascivo puso,
Y pensando que eras tu

Por cierto engaño, que dudo,
Le respeté, corrigiendo
Con la lealtad lo iracundo.
Hago alarde de mi sangre,
Venzo el temor con quien lucho.
Pideme el honor venganza
El puñal luçiente empuño.
Su corazón atravieso...
Mirale muerto, que juzgo
Me tuvieras por infame,
Si á quien de este agravio acuso
Le señalara á tus ojos
Menos, señor, que difunto;
Aunque sea hijo del sol,
Aunque de tus grandes uno,
Aunque el primero en tu gracia,
Aunque en tu imperio el segundo;
Que este soy y este es mi agravio,
Este el ofensor injusto,
Este el brazo que le ha muerto,
Este divida el verdugo.
Pero en tanto que mi cuello
Esté en mis hombros, robusto,
No he de consentir me agravie
Del rey abajo ninguno.

Cuán justamente dice Ticknor «Pocos dramas serán más poéticos y poquísimos más nobles, elevados y verdaderamente nacionales».

Entonces era la moral de los dos últimos versos materia de fe—y aun sospecho que Rojas no la sentía—, hoy somos más grandes, más libres; ideales

sanos de rebeldía se han extendido por la Europa y adalides y sabios y valientes, iconoclastas han derrocado ídolos; notemos que ha existido un capitán de ingenieros que murió á manos de un palaciego cuando iba á vengar en regia persona su honor ofendido.

Un sublime desaliento, una queja amarga y honda, una sensación de desconuelo melancólico expresa cuando sorprende la entrada de Don Mendo:

¡Cansada estabas, fortuna,
De estarte fija un momento!

Es un alma bella que se ahoga por el fango con que la salpica un miserable.

Al final del acto 2.º lo trágico se cierne en el ambiente.

Decide García matar á su esposa para librarse del deshonor que entrevé y exclama:

Perdoname Blanca mía,
Que aunque de culpa te absuelvo
Solo por razón de estado
A la muerte te condeno:
¿Mas es bien que conveniencias
De estado en un caballero
Contra una inocente vida
Pueda más que no el derecho?

.....

Ni podrá romper mi mano
De mis ojos el espejo.
Mas de su beldad ahora

Que me va el honor me acuerdo:
Muera Blanca y muera yo:
Valor, corazón, y entremos
En una á quitar dos vidas,
En uno á pasar dos pechos,
En una á sacar dos almas,
En uno á cortar dos cuellos,
Si no me falta el valor,
Si no desmaya el aliento,
Y si no, al alzar los brazos,
Entre la voz y el silencio
La sangre falta á las venas
Y el corte le falta al hierro.

En la jornada 3.^a, escena 4.^a, rudas pasiones se apoderan del alma de García:

¿Donde voy ciego homicida?
¿Donde me llevas honor
Sin el alma de mi amor
Sin el cuerpo de mi vida?
A Dios, mitad dividida
Del alma, sol que eclipsó
Una sombra; pero no,
Que muerta la esposa mía
No tuviera luz el día
Ni tuviera vida yo.

A seguida repite el concepto para dar mayor expresión á la figura:

Limpio en mi mano el puñal,
Y en fin, yo vivo, señal
De que mi esposa no es muerta.

Llega el Conde de Orgaz y le notifica que ha mandado á Blanca á la Corte y viene por él para honrarle con el título de Capitán que le otorga el rey, y desolado exclama García:

¡Matadme, señor, matadme!
¡Blanca en palacio y yo vivo!
Agravios, honor, pesares
¿Cómo si son tantos juntos
No me acaban tantos males?

Encontrando á Blanca en Palacio trata de llevársela al Castañar, se opone Don Mendo encargado de guardarla y García, creyéndole el rey, contenido por el respeto le replica:

Guardeos Dios
Por la merced que me haceis:
No es justo que vos guardéis
Lo que he de guardar de vos;
Que no es razón natural,
Ni se ha visto, ni se ha usado,
Que guarde el lobo el ganado
Ni guarde el oso el panal.
Antes señor, por mi mal,
Será, si á Blanca no os quito
Siendo por vuestro apetito
Oso ciego, voraz lobo,
O convidar con el robo,
O rogar con el delito.

No se puede cambiar una sílaba. Sería quitarle belleza. Leamos á Ochoa: «Hay dramas muy buenos en

los que se conoce sin embargo que sería posible hacer alguna corrección, suprimir ó variar alguna escena para el mejor efecto general del todo, añadir algún toque á éste ó el otro personaje para darle más relieve; esto sucede aun en las obras de más mérito; pero en el *García del Castañar*, introducir la más leve alteración sería privarle de una belleza y destruir bárbaramente, la mágica armonía del conjunto. Porque, en efecto, nada sería más fácil que hacer con *este drama* (I) lo que solía hacer M. Ducis con las obras de Shakespeare y cercenándola por aquí y estirándola por allá y adulterándola toda miserablemente, convertirla de la noche á la mañana en una tragedia muy regular con sus tres unidades corrientes y aun su romance endecasílabo asonantado; pero ¿qué se harían en ese teje-maneje las mil bellezas de este drama, de las cuales muchas no lo son más que á causa del sitio en que se hallan y sacadas de quicio perderían todo su carácter, como aquellas estátuas de los siglos XIII y XIV que hacen un efecto admirable en los nichos de una catedral gótica para los que fueron labradas, y que parecerían ridículas ó in-tempestivas cuando menos en un jardín ú en el pórtico de un palacio moderno?»

(1) Ochoa dice *comedia*. Véase su *Tesoro del teatro español*.

Lo que más admira y enamora de esta obra es la clara expresión luminosa y sentida de la vida campesina sencilla que el autor debió vivir, para hacer una tan ajustada pintura de la paz de los montes en un día de sol, las descripciones de los paisajes exacta y fielmente vistos en sus infinitos atractivos, y las escenas del sport cinegético con sus episodios atrayentes.

De suponer es que Rojas en su juventud que nos es desconocida, vivió en esos campos, y su alma ancha y sensible se enamoró de la vida rural á que los españoles han sido aficionados, ya en la realidad ó en los libros citados que cantaban sus excelencias. Esa dehesa no está distante de Toledo, y como pinta con vivos colores su terreno y el de sus proximidades—Ajofrín, Orgaz—y de las personas que los habitaban, nuestra sospecha de que vivió en esos lugares ó los visitó con afición, toma cuerpo. Máxime cuando en una comedia suya—*Lo que quería ver el Marqués de Villena*—vemos repetido un dicho vulgar en esa comarca. En la riña de los estudiantes en Salamanca, Zambapalo dice á un bando: «¡Caldo á los de Orgaz!» Y esto con el apéndice «*que los de Yébenes no quieren más*» se oye por esos pueblos á cada paso.

Pero dejemos este punto oscuro hoy, que tal vez dilucidemos algún día.

Lo cierto es que su musa aplicada á narrar esa vida, nos cautiva; su vena poética nos extasía, y su amor á esos lugares y á esas gentes, nos contagia.

A sus delicados y exquisitos sentires se deben estos dos versos:

Mas ya todo me avisa
que sale Blanca, pues que brota risa.

No se puede pintar más amorosamente, con más sencillez y encanto la proximidad de la mujer amada. Cuando sale Blanca, brota risa. ¡Es todo un poema! Oyéndolo nos figuramos esa mujer una divina ninfá, desnuda de telas, vestida de luz, con sus negros y undivagos cabellos recogidos por un arco de oro, partidos en crenchas que caen acariciando los hombros, con ojos de pasión, con dientes de perlas, con labios de grana, con manos de nácar, con piel de leche, con pechos fragantes *mejores que el vino*, que sale á repartir caricias, á fecundizar las siembras, á alegrar los campos.

Entre los dos esposos completan una pasión tierna, ejemplar. Una noche vuelve García de caza y hallando á su mujer levantada la dice entre halagado y ofendido:

Esposa amada
¿No estais mejor acostada?
¿Qué esperáis?

BLANCA. Que venga el día:
Esperar como solía
A su cazador la Diosa
Madre de amor cuidadosa,
Cuando dejaba los lazos,

Y hallaba en sus tiernos brazos
 Otra cárcel más hermosa
 Vínculo de amor estrecho
 Donde yacía su bien,
 A quien parte dió también
 Del alma como del lecho.

GARCÍA.

Y aunque no te traigo aquí
 Del sol á la hurtada luz
 Herido con mi arcabuz
 El cerdoso jabalí,
 Ni el oso ladrón, que ví
 Hurtar del corto vergel
 Dos repúblicas de miel,
 Y después á pocos pasos,
 En el humor de sus vasos
 Bañar el hocico y piel;
 Te traigo en vez de trofeos
 De jabalíes y osos,
 Por lo bien travado, hermosos,
 Y distintamente feos,
 Un alma y muchos deseos
 Para alfombra de tus pies;
 Y me parece que es,
 Cuando tus méritos toco
 Cuanto os he contado poco
 Como es poco cuanto ves.

Tiene narraciones poéticas de costumbres rurales que entusiasman. Y aunque son muy sabidas, inserto dos por si en algo puedo contribuir á extender su conocimiento.

GARCÍA. Más precio entre aquellos cerros
Salir á la primer luz
Prevenido el arcabuz,
Y que levanten mis perros
Una banda de perdices;
Y codicioso en la empresa
Seguirlas por la dehesa
Con esperanzas felices
De verlas caer al suelo;
Y cuando son á los ojos
Pardas nubes con pies rojos
Batir sus alas al vuelo
Y derrivar esparcidas
Tres ó cuatro; y anhelando
Mirar mis perros buscando
Las que cayeron heridas,
Con mi voz, que los provoca;
Y traer las que palpitan
A mis manos, que las quitan
Sin disgusto de su boca:
Levantarlas, ver por donde
Entró entre la pluma el plomo,
Volverme á mi casa, como
Suele de la guerra el conde
á Toledo vencedor;
Pelarlas dentro en mi casa,
Perdigarlas en la brasa,
Y puestas al asador,
Con seis dedos de un pernil,
Que á cuatro vueltas ó tres
Pastilla de lumbre es,
Y canela del brasil;
Y entregárselo á Teresa

Que con vinagre, su aceite
Y pimienta sin afeite
Las pone en mi limpia mesa,
Donde en servicio de Dios,
Una yo y otra mi esposa
Nos comemos; que no hay cosa
Como á dos perdices dos:
Y levantando una presa
Dársela á Teresa, mas
Por que tenga envidia Bras
Que por dársela á Teresa;
Y arrojar á mis sabuesos
El esqueleto roído,
Y oír por tono el crugido
De los dientes y los huesos.
Y en el cristal transparente
Brindar y con mano franca
Hacer la razón mi Blanca,
Con el cristal de una fuente;
Levantar la mesa, dando
Gracias á quien nos envía
El sustento cada día
Varias cosas platicando;
Que aqúeste es el Castañar,
Que en más estimo, señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me puedan dar

Y esta otra relación muy bella, exacta y pulida.

Jornada segunda.—Escena VIII.—DON GARCÍA.

Bosques míos frondosos,
De día alegres, cuanto tenebrosos

Mientras baña Morfeo
La noche con las aguas de Leteo,
Hasta que sale de Faeton la esposa
Coronada de plumas y de rosa,
En vosotros doctrina
Halla, sobre quien Marte predomina,
Disponiendo sangriento
A mayores contiendas el aliento;
Porque furor influye
La caza que á la guerra sustituye.
Yo soy el vivo rayo
Feroz de vuestras fieras, que me ensayo
Para ser, con la sangre que me inspira
Rayo del Castañar en Algecira;
Criado en vuestras grutas y campañas;
Alcides español de estas montañas;
Que contra sus tiranos
Clava es cualquiera dedo de mis manos,
Siendo por mi esta vera
Pródiga en carnes, abundante en cera;
Vengador de sus robos
Parca común de osos y de lobos,
Que por mi el cabritillo y simple oveja
Del montañes pirata no se queja,
Y cuando embiste airado
A devorar el tímido ganado,
Si me arrojó al combate,
Ocioso el can en la palestra late;
Que durmiendo entre flores
En mi valor fiados los pastores
Cuando abre el sol sus ojos,
Desperzados ya los miembros flojos,
Cuando al ganado asisto

Cuando al corsario embisto,
 Pisan difunta la voraz caterva
 Mas lobos sus abarcas que no yerba.

.....

Mas el ruido me avisa
 Que un jabali descende; con gran prisa
 Vuelve huyendo, habrá oido
 Algun ruido distante su sentido;
 Por que en distancia larga
 Oye calar al arcabuz la carga,
 Y esparcidas las puntas,
 Que sobre el cerro acumulaba juntas,
 Si oye la bala ó menear la cuerda,
 Es ala, cuando huye cada cerda.

Es un trozo muy galano de la literatura bucólica,
 cuando refiriendo su historia, habla de la vida que
 hacía su padre en el monte:

Llevaba por alimento
 Fruta tosca en ramo inculto,
 Agua clara en fresca piel,
 Dulce leche en vasos rudos;
 Y á la escasa luz que éntaba
 Por la boca de aquel mustio
 Bostezo, que dió la tierra
 Despues del común diluvio,
 Al hijo las buenas letras
 Le enseñó, y era sin uso
 Ojos despiertos sin luz
 Y una fiera con estudio.

Rojas satírico, cruento, ironista, cáustico, excéptico, refinado, burlón impenitente, ingenioso, agudo, chispeante, cerebro grande, todo lo tomó á broma y todo lo ridiculizó saladísimamente con frase punzante y acierto genial. Pero tenía un alma ancha y exquisita á la que hacían llorar las sensaciones, que se le metían muy adentro, y tomó en serio esas galanuras revolucionarias de la naturaleza, que hacen á los hombres vivir en la región ideal del sumo arte desligados de la prosa de la vida dura y amarga, que se arrastra entre fango y carroña.

Todos se rinden á las armónicas bellezas, á la inmensidad, á la grandeza triunfadora de la sabia NATURALEZA

El que la mira, el que la estudia, el que entra en ella, recibe una oleada de luz en su alma, siente res-tallar un su oído el ténue sonido limpio de una campanita de plata, abre los ojos, dilata los hollares, hincha el pecho, se descubre, ríe ó llora—es igual—, la ama y la goza.





EPÍLOGO

LA constante, grandiosa marcha de los días que suavemente van pasando en desfile inescrutable, desplegándose irónicos como una pérfida sonrisa, eternamente burladora, que desdeña las miserias y egoismos de los hombres incapaces de rendirse en admiración ferviente ante la soberana majestad de la diosa naturaleza, nos separa más y más de los lejanos tiempos suntuosos que por un momento hemos rememorado y que tienen los encantadores atractivos de un ensueño, de una noche de luna, de un beso.

Los años no pasan en balde. Cierto. Hombres de talentos privilegiados, de cerebros prepotentes, *obedeciendo* á la ley de la evolución y del progreso han desentrañado misterios, han recorrido nebulosidades. Conquistaron los mares, vencieron la distancia, dominaron el aire, escudriñaron en profundo análisis la materia orgánica, fibrillas, neuronas, génesis celular; transmiten por un tenue hilo de cobre la voz, el pensamiento y la efigie, descubren un mundo

infinitesimal de microorganismos unicelulares, hacen esclavas de su pluma las sensaciones, la emoción, la sutil y difícil psicología humana, las sencillas y las trágicas pasiones de que se han adueñado los maestros.

Con estas y otras muchas grandezas aún no encuentran los humanos la felicidad. Esa señora elegantísima y bella, perfumada y riente, portadora de besos, y suaves caricias que halagan y disponen una absoluta ecuanimidad, se prodiga raramente. Hacemos denodados esfuerzos por conseguir sus favores. Inútil. La dicha, no la vive la humanidad hasta que halla un liberalísimo disfrute de placeres amorosos, una común pertenencia de útiles de adorno, de entretenimiento, de comodidad y de belleza, y una fortaleza fisiológica basada en la nutrición de todos los hombres. Entre tanto muchos se contentan con el disfrute moral ó de imaginación de esos bienes; otros quieren el goce material.

Para aquellos son las gloriosas obras de escritores que han llegado. Leyéndolas, vivirán una vida, suave y deliciosa que se parece al sueño de un niño, mecido amorosamente en el regazo de su madre.

Vivan también la vida de evocación de lejanos tiempos, pero con la frente siempre erguida mirando al porvenir. El recuerdo purifica los actos, los lava de podres y carroñas y deja solo lo luciente.

Cuando hemos revisado las páginas de antiguos

libros para confeccionar este trabajo hemos sentido todos los encantos del recuerdo con sus delicadas exquisiteces: la felicidad ha aleteado sus caricias á nuestro lado.

Mi entusiasta admiración á la iluste Toledo, y á los toledanos de noble entraña, hidalgos y caballerosos que me depararon ese placer, con su feliz iniciativa para honrar á Rojas, hacer perdurable su memoria y contribuir á la vulgarización de su feliz ingenio, su profunda filosofía, y su sano escepticismo.



ÍNDICE

Páginas.

PRÓLOGO.....	VII
CAPÍTULO I.....	17
CAPÍTULO II.....	23
CAPÍTULO III.....	39
CAPÍTULO IV.....	47
CAPÍTULO V.....	88
CAPÍTULO VI.....	30
EPÍLOGO.....	123

Se acabó de imprimir esta obra en Toledo
en el establecimiento tipográfico de
Don Rafael Gómez-Menor, el
día XXV de Febrero
del año MCMVIII.



Rojas Zorrilla, Francisco de 256261

Author Bravo Carbonell, J.

Title El toledano Rojas; prologo de Julián Besteiro. Yb

LS

R 7417

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

